

Capítulo 4

Las tribulaciones de la autonomía y del saber obreros

Pierre Saunier

Los dos temas examinados en esta última parte: la pérdida de la «autonomía» de la clase obrera (su «disciplinización» como también dicen los Fordistas) y la evolución del «saber obrero», son temas que interesan mucho a los Fordistas. No resulta sorprendente entonces que, en ellos, las características propias al análisis fordista aparezcan con una gran claridad.**

Con la disciplinización de los obreros vamos a ver una nueva ilustración de la propensión de los Fordistas a corregir la realidad. En este caso, rescriben la historia fabril y del taller a su manera: borrando todo lo que es «sumisión» en el obrero prefordista y adscribiendo esta «sumisión» al obrero fordista. Una de las consecuencias de esta reescritura es otorgar a las condiciones de trabajo del obrero prefordista un carácter bondadoso que hace difícilmente comprensible su oposición al desarrollo del capitalismo. Si la explotación que sufre el obrero prefordista es benigna, ¿por qué se opone ferozmente al desarrollo de las «relaciones económicas y sociales de producción capitalistas»?

Con el saber obrero, vamos también a reencontrar una de las constantes del análisis fordista: la inclinación al maniqueísmo. En efecto, los Fordistas reducen el saber del obrero prefordista a una familiaridad instintiva con la «materia trabajada» y hacen del obrero fordista un obrero desprovisto de todo saber, un «cuerpo-máquina». Por sus simplificaciones abruptas, por su etnocentrismo también —puesto que no es difícil reconocer, en estas representaciones, la marca

* Publicado originariamente como Saunier, Pierre (1993): *L'ouvrierisme universitaire. Du Sublime à l'Ouvrier-masse*, L'Harmattan, París.

** Sobre qué y quiénes son los Fordistas, véase el apartado 5 del primer capítulo.

de un dominocentrismo que «corporaliza» el saber obrero— la concepción de los Fordistas está expuesta a variaciones súbitas. Y es eso lo que va a producirse. A partir de los años 1980, el saber instintivo del obrero prefordista y los cuerpos maquinizados de los obreros fordistas van a desaparecer de los textos de los Fordistas. Van a ser sustituidos por su inverso: la complejidad fundamental del saber obrero, la perennidad de ese saber mantenido a lo largo de los años, en y para la «*clandestinidad*». Tales variaciones de la explicación no son extrañas en las ciencias sociales, particularmente en las relativas al trabajo, donde las explicaciones antagónicas se han sucedido desde hace una veintena de años. Pero aquí son espectaculares e ilustran la rapidez con la que las tesis, argumentos, interpretaciones pueden ser abandonadas.

El rechazo de la disciplina en el obrero fordista

Los Fordistas toman la noción de disciplina «*de los trabajos de Michel Foucault*». Esta noción no es sin embargo, en su problemática, un cuerpo extraño. En efecto, desde que los Fordistas definen el «*universo fabril*» a partir de las relaciones de poder (en especial a partir de la inculcación de las disciplinas de trabajo, de la interiorización de las posturas corporales y mentales que suponen estas disciplinas) al menos al mismo nivel que las relaciones económicas de producción, es lógico que estudien de cerca eso que Gaudemar llama «*los ciclos de disciplinarización*». Podemos mostrar nuestras reservas ante el uso de nociones como «*control*», «*disciplina*», «*vigilancia*» (hemos visto, al comienzo de este texto, que el etnocentrismo de los análisis crece a medida que estas nociones sustituyen a otras nociones económicas). De ahí que, en la problemática fordista, la «*vigilancia*», el «*control*», la «*disciplinarización*» encuentren perfectamente su lugar por las razones que acaban de ser indicadas. Si tienen su lugar, ¿este lugar está compartido equitativamente según se trate del obrero prefordista o del obrero fordista? En absoluto. A diferentes niveles, todos los Fordistas ponen el acento sobre el lado bueno de las condiciones de trabajo del obrero prefordista; todos atenúan, y lo más a menudo omiten, todo lo que esas condiciones de trabajo pueden contener de dureza, de imposición, de rigor. Veamos todo eso más en detalle.

Podemos comprender que los Fordistas no se detengan sobre la duración de la jornada de trabajo, sobre la precariedad del empleo, sobre las variaciones del nivel salarial del obrero prefordista, porque estas características están incluidas en la definición de este tipo obrero. Podemos admitir también que como reacción

polémica guarden silencio ahí donde los marxistas ortodoxos son prolijos, por ejemplo, que no digan nada sobre las condiciones de trabajo de las mujeres y los niños en el siglo XIX. Pero no podemos seguirles cuando escamotean todo lo que hay de coerción y disciplina en las condiciones de trabajo del obrero prefordista. Dejar entender, como hacen, que esas condiciones de trabajo —que bien son bondadosas (daré un ejemplo de ello más adelante) o bien, cuando son agotadoras, lo son sólo como consecuencia de la duración de la jornada de trabajo— es minimizar las formas de intensificación del trabajo existentes antes del fordismo. Sin embargo, estas formas son numerosas y conocidas. ¿Hay que recordar la extensión que tuvo en el siglo XIX el *sweating system*, donde la etimología por sí misma contradice la bondad de las condiciones de trabajo del obrero prefordista? ¿Hay que recordar que el «*presidio*» es un término que reaparece a menudo en numerosos textos que describen la fábrica del siglo XIX? ¿Hay que recordar que más de una descripción del sistema fabril inglés de mediados del siglo XIX podría estar firmada por un Fordista describiendo el proceso de trabajo de los años 1960/1970?.¹

En lo que respecta a las condiciones de trabajo fuera de la fábrica, ¿hay que recordar que están lejos de caracterizarse en su conjunto por un ritmo apacible, por la autonomía y la soberanía que tienen lugar en el oficio del sublime de los Fordistas? Las expresiones utilizadas por M. Perrot para describir el papel de la máquina de coser («*propedéutica de la fábrica para mujeres*») y para caracterizar sus efectos sobre las condiciones de trabajo domésticas, bastarían para mostrar que la violencia de las condiciones de trabajo se extiende mucho más allá de la fábrica: «*La máquina de coser, es la fábrica en casa*» escribe M. Perrot y, añade, «*es quizás peor la fábrica en casa. En esas condiciones, la fábrica a secas puede ser preferible. Muchas trabajadoras a domicilio, extenuadas por el sweating system, comienzan a hacer el siguiente cálculo: ¡mejor pringar en los talleres! Como muchos pequeños campesinos agotados o tejedores acorralados acaban por resignarse a la fábrica, muchas mujeres ven en la fábrica un mal menor*».²

Con esto no estoy más que recordando algunos ejemplos de las condiciones de trabajo en el siglo XIX. No sería difícil dar otras ilustraciones del carácter intensivo que tenía a menudo el trabajo en la época. Así, la lavandería que utiliza Martin Eden (alias Jack London) es artesanal a voluntad. Sin embargo es

¹ He aquí un ejemplo. La manera en que son designados los obreros («*operativos*», «*hands*»: la mano de obra, los brazos) muestra, escribe el *Bee-Hive* —se trata de un semanario obrero— que no son nada más que las «*manos, sin cuerpo, ni cabeza, ni corazón*» (citado por J.-P. Navailles [1983]).

² Perrot [1978].

un «*infierno*» (el término aparece a menudo bajo la pluma de London); se activa frenéticamente, sin un minuto de tregua; hay que trajinar en unas condiciones que no tienen nada que envidiar a las de la cadena que Ford va a poner en marcha una quincena de años más tarde (es en los últimos años del siglo XIX cuando London es empleado en la lavandería de Oakland descrita en *Martin Eden*, es decir un poco más de una década antes de los comienzos de la cadena del Ford T).

134

En lo que respecta a los aspectos más directamente disciplinarios, no sería difícil, también a este respecto, multiplicar ilustraciones que muestran que la disciplina no aguardó hasta la segunda mitad del siglo XX para manifestarse. Pensemos por ejemplo en el grado de coerción, de presión, de disciplina que suponen las reglas de sumisión al reglamento interior de las fábricas, reglas en uso durante todo el siglo XIX y que fueron ya impuestas con mucha anterioridad. Pero aún así, una vez más, resulta que todo este aspecto disciplinario y represivo no es apenas evocado (salvo por Gaudemar) en los textos fordistas. Lo que retiene el lector de estos textos no es la disciplina sino su inverso: el dejar hacer que reina en la fábrica, el ir y venir del obrero y de sus próximos en el taller, los horarios flexibles, etc. Lo que retiene, es la antítesis del «*encierro*», de la «*vigilancia*», de la «*sumisión*». En cuanto a las condiciones de trabajo propiamente dichas, lo que resalta en los textos fordistas es, lo hemos visto, su carácter casi angelical. La parcelación del trabajo es allí descrita, precisamente, como «*un juego de niños*»,³ el ritmo de trabajo como un «*ritmo suave*», un «*ritmo propio*» del obrero de oficio.

Esta manera de dar cuenta de las condiciones de trabajo va mucho más allá de la simplificación. En esta rectificación de la silueta, que elimina en el obrero prefordista todo rastro de «*disciplinización*», nos reencontramos con la propensión fordista a «*extremar*» las figuras obreras. El obrero prefordista no es más que libertad, autonomía, capacidad de ejecutar su trabajo a su antojo; las coacciones de su trabajo son eludidas en silencio; son, de alguna manera, transferidas al obrero fordista que recupera así la disciplina y los constreñimientos de los que los Fordistas dispensan al obrero prefordista. Otros puntos débiles podrían ser señalados en la argumentación fordista sobre la disciplinización: por ejemplo, la discordancia entre la mayoría de los Fordistas y Gaudemar (quien no elude los aspectos disciplinarios del trabajo en el siglo XIX); por

³ «Hay que afirmar bien alto que el nivel de parcelación y de repetitividad del trabajo alcanzado en los años 1920-1930 (...) no es todavía más que un juego de niños (subrayado por B. Coriat) mirándolo desde lo que ocurrirá después de la guerra como resultado de la aplicación de los métodos "científicos"». [Coriat, 1982].

ejemplo, incluso, la coexistencia en el obrero prefordista de dos propiedades que parecen poco conciliables, a saber, por un lado condiciones de trabajo muy poco coercitivas, por otro, el rechazo del orden capitalista como el origen de estas condiciones de trabajo. Es cierto que los Fordistas podrían replicar con acierto que la hostilidad no es necesariamente proporcional a la violencia sufrida: no son forzosamente aquellos que ven cómo se les infligen las condiciones más duras los adversarios más irreductibles de la organización que engendra esas condiciones de trabajo.

Pero lo esencial no está ahí. Está en las visiones selectivas de los Fordistas, en su toma de partido por dejar en la sombra la violencia del proceso de trabajo en el siglo XIX. ¿Por qué esta toma de partido y estas visiones selectivas? Por una razón que ya he indicado y que recuerdo porque juega un rol crucial en la problemática fordista: porque al comienzo del análisis de los Fordistas hay una postura reactiva que les lleva a tomar el contrapié de las interpretaciones dominantes. Esta postura reactiva les conduce aquí a oponerse a la explicación «proletarista» del desarrollo del capitalismo en Francia, explicación que encontramos de forma notable bajo la pluma de los marxistas ortodoxos. A los obreros y a las obreras de la gran industria, a aquellos que trabajan en las fábricas, en las hilanderías, en las minas, en resumen, a las figuras proletarizadas que dominan la historiografía de los años 1960/1970, los Fordistas oponen un tipo de obrero que es su antítesis; un obrero que ignora la disciplinarización; un obrero cuya sujeción económica está, también, en las antípodas de la del proletariado, es decir un obrero cuya dependencia económica es débil.

Los obreros a los que los Fordistas hacen referencia —el sublime, la *Grosse Culotte*⁴ y, de forma más general, el obrero de oficio— son ciertamente diferentes de los obreros a los que la historiografía marxista (y, por otra parte, no sólo ésta) reservaba los papeles estelares; son diferentes del «trabajador libre» de Marx que sigue el proceso de trabajo de la acumulación extensiva en lo que tiene de peor, condenado a trabajar sin fin para reembolsar los avances del patrón.⁵ Comparados con este obrero enteramente bajo el dominio del capital —y que, por retomar a Marx, «*pertenece a la clase capitalista*»— el sublime, la

⁴ La *Grosse Culotte* es un equivalente del sublime. Como él, saca partido de su valor profesional para imponer al patrón su «*carácter independiente*», «*para controlar su tiempo de trabajo a su antojo, salir cuando le plazca, festejar el "san lunes", etc*» [Noiriél: 1983].

⁵ Esos avances, que pueden representar varios años de salario, son inscritos en la libreta del obrero. Le persiguen, al igual que la libreta, hasta el punto que el obrero no puede abandonar a su patrón sin haber reembolsado las sumas que le debe (a menos que sean asumidas por el nuevo empleador).

Grosse Culotte, el obrero de oficio están ligados a la «clase capitalista» por lazos infinitamente más débiles. Para una buena parte, ellos mismos son quienes controlan su ritmo de trabajo y pueden negociar, con el detentador del orden, las cantidades a fabricar, incluso, en ciertos casos, el precio al que serán fabricadas. Son entonces más autónomos, están menos coaccionados, son menos dependientes de lo que lo es el proletario de Marx. No son por ello menos obreros, lo que, siempre por la misma razón —por su postura polémica—, los Fordistas no están lejos de poner en cuestión. Es sin embargo un paso que franquea Gaudemar. Llevando hasta su límite lo implícito de la problemática de los Fordistas, éste hace de las relaciones de poder (grado de sumisión, forma de la disciplina, etc.) un criterio de la obrerización al menos tan importante como las relaciones económicas de producción. Consecuentemente, considera que hasta el final del siglo XIX (hasta el comienzo del tercer «ciclo disciplinario»),⁶ los obreros de oficio son artesanos («salvo el estatus jurídico, pocas cosas separan (...) al obrero de oficio industrial del artesano de antaño»).

El mismo deslizamiento en la definición se reencuentra en otros textos —en Gorz, por ejemplo, donde el acento puesto sobre la «soberanía» de los obreros, sobre la debilidad de la influencia que tienen sobre ellos los patrones, sobre el miedo que les inspiran (el miedo que los obreros inspiran a los patrones)⁷ es tal que uno se pregunta si nos encontramos todavía frente a obreros. Sin embargo, se trata claramente de obreros. Por más diferentes que sean del proletario de Marx, por más «soberanos», por más «autónomos» que sean, siguen inscritos y

⁶ Gaudemar distingue «cuatro ciclos disciplinarios»: 1) «la vigilancia directa coercitiva, el ciclo panóptico 1789-1848» (es la fase de concentración y de amaestramiento de la fuerza de trabajo); 2) «la extensión del control social, el ciclo de moralización 1848-1890» (los obreros, en parte docilizados, comienzan a ser embaucados por el capital); 3) «la objetivación y la interiorización de la disciplina, el ciclo de la disciplina maquinica 1890-1945» (es el periodo en el que comienza la pérdida de autonomía obrera y donde se da la inculcación de los valores capitalistas); 4) «la contractualización de la democracia industrial, el ciclo de la disciplina contractual 1945 y más adelante» (la tentativa de sumisión toca a su fin: el patrón ha dado la vuelta a lo poco que quedaba de subordinación obrera y ha transformado a los antiguos refractarios en co-gestores del capitalismo).

⁷ El acento puesto por los Fordistas sobre el miedo sufrido por los patrones forma parte de las inversiones en las explicaciones recurrentes en los textos fordistas. Este miedo no es imaginario, pero en la pluma de los Fordistas, toma proporciones literalmente increíbles. Así, en Doray [1981], los patrones se convierten en mártires: «el sublime (...) está muy interesado en no ligarse a ningún patrón; tiene en este punto un cierto placer en martirizar a los patrones».

⁸ Recuerdo que es la réplica lo que Poulot pone en la boca del sublime. Esta réplica muestra bien la parte de autonomía de la que dispone el sublime. No por ello es menos cierto que, por fuerte que sea esta autonomía, un obrero que cambia de patrón no está en la situación de un patrón que cambia de obrero. Bajo esta relación, como bajo otras, las situaciones no son intercambiables.

definidos por relaciones de subordinación y de dependencia económica. Por libres que sean de cambiar de patrón —dado que tienen a su disposición «200 talleres sobre los adoquines de la capital»⁸—, lo son en posición dominada, ellos son los demandantes en un «juego» económico en el que los patrones siguen siendo los amos. Desatender estas formas de dependencia, poner el acento únicamente sobre la autonomía, implica emparentar estos obreros con figuras que seducen sin duda a los Fordistas (el artesano, el nómada) pero que no dan cuenta de los principios de la obrerización.

Queriendo oponer a las representaciones que toman como blanco de sus críticas tipos obreros con las propiedades invertidas a las del proletario, los Fordistas tienden a abandonar dos elementos claves en la definición de la obrerización: la subordinación, la sujeción económica. Pero, por variadas que sean, las diversas formas que adopta la «condición obrera» tienen estos dos rasgos en común. El obrero no dirige, él es dirigido (las respuestas dadas a las entrevistas de Andrieux y Lignon sobre las que volveré más adelante, lo recuerdan constantemente); él no trabaja a su antojo, está coaccionado a trabajar.

Los avatares del saber obrero

Sospechamos que los principios de interpretación fordistas van a reencontrarse aplicados a la cualificación, al oficio, al saber obrero (estos términos tienen un significado próximo, los empleo, en lo que sigue, como si fueran equivalentes). En efecto, la propensión de los Fordistas a concebir el saber obrero como la simetría invertida del saber del obrero prefordista va a actuar plenamente. Va a actuar tanto más cuanto abordamos uno de los ámbitos privilegiados por los Fordistas: el trabajo en cadena.

La focalización de los Fordistas en la cadena y sus consecuencias

Para los Fordistas, la cadena deja ver la forma que adopta la división del trabajo capitalista en el fordismo, a saber, la generalización de la descualificación, la tentativa de someter completamente a los trabajadores a través de la Organización Científica del Trabajo, los cambios en la «composición técnica y social de la clase

obrero» en donde el crecimiento de los obreros de origen extranjero es un indicador sintomático. Pero la cadena no es más que el último punto de la dinámica taylorista-fordista de parcelización de tareas y de redefinición del saber obrero. A los ojos de los Fordistas, ilustra también los límites de este tipo de organización del trabajo. Si conceden tanta atención a la cadena del automóvil, no es solamente porque muestra el grado que puede esperarse de la división de las tareas, de la intensificación del ritmo de trabajo, de las «cadencias». Es también porque allí se manifiestan los límites socio-políticos (huelgas, *turn-over*, *fallacy*) y los límites tecno-económicos de esta forma de organización del trabajo (elevado coste del funcionamiento de la cadena debido a su propio principio que impone multiplicar, al mismo tiempo que los puestos de trabajo y las tareas parcializadas, las operaciones «improductivas» como son, por ejemplo, las operaciones de acompañamiento que se intercalan entre dos puestos de trabajo).

Esta focalización del análisis fordista sobre el trabajo en cadena tiene un reverso. No viendo más que la cadena y las industrias en serie, los Fordistas (de los años 1970) abandonan las industrias llamadas de *proceso*. Esta simplificación va a tener dos consecuencias. La primera de las consecuencias es la siguiente: el obrero prefordista va a ser concebido tanto más como un obrero de oficio que dispone de la plenitud del saber obrero cuanto el obrero fordista va a ser identificado con el «obrero-especializado-de-la-cadena-automovilística», es decir, con un tipo de obrero maquinizado, descualificado, serializado. Sin duda, este tipo de representación simplificadora de la evolución del saber obrero es bastante anterior a los Fordistas, pero no podemos decir que estos últimos hayan contribuido a matizar la oposición, bastante contrastada y sujeta a maniqueísmos, obrero de oficio/obrero maquinizado.

La segunda consecuencia de las visiones reductoras de los Fordistas va a ser la inversión de su explicación. Hacia el comienzo de los años 1980, los Fordistas comienzan a abandonar la cadena y todas las nociones que le son asociadas (el obrero-masa, el obrero-maquinizado, las industrias de serie) en beneficio de otras referencias que habían abandonado hasta entonces (el saber obrero, el perenne carácter individualizado de toda tarea, las industrias de *proceso*). Por un lado, este cambio de punto de vista registra las modificaciones de la realidad industrial. Los Fordistas modifican su análisis del saber obrero porque la organización del trabajo se ha modificado en las industrias de serie, porque los trabajadores inmigrantes son allí menos numerosos, porque el crecimiento de la automatización y el desarrollo de los talleres flexibles hacen posible la fabricación de bienes a través de un proceso de trabajo que ha perdido parte de sus características fordistas (recualificación de ciertos trabajadores, reducción de los stocks-tapón, posibilidad de fabricar pequeñas series para un consumo «de

masas»). Pero este cambio en la forma de mirar es también una inversión de la forma de mirar —una inversión en la forma de mirar que era previsible. En efecto, podíamos esperar que, antes o después, la focalización del análisis fordista en la cadena, la denuncia de las condiciones de trabajo del obrero especializado, de su «*encadenamiento*», de sus «*existencias serializadas*» fuera seguida de una fase de reevaluación del grado de «sumisión» obrera que rehabilitara el saber obrero y la autonomía obrera. En otros términos, podíamos esperar que ires y venires etnocentristas produjeran, aquí como en otros lugares, sus efectos, conduciendo a los Fordistas a redescubrir una autonomía obrera que, algunos años antes, juzgaban laminada como nunca.

Esta inversión en la explicación no va a modificar sin embargo la manera de pensar de los Fordistas. Vamos a ver que su análisis del saber obrero va a ser tan maniqueo como lo era su crítica a la cadena.

La dilapidación del patrimonio del saber obrero.

Si dejamos a un lado su propensión a generalizar —en este caso su inclinación a oponer la cualificación de los obreros prefordistas a la descualificación de los obreros fordistas⁹—, la fuente principal del esquematismo de los Fordistas sobre el saber obrero viene del empleo de esquemas metafóricos (ver el anexo 1). Uno de los más típicos es el que podríamos llamar la dilapidación, por parte del capital, del patrimonio del saber obrero. Esta concepción, según la cual el desarrollo del capitalismo se alimenta de la extorsión del saber obrero, es manifiesta en Freyssenet, pero la encontramos también en otros Fordistas. Cuando Coriat habla del oficio del obrero como un «*tesoro*», como una «*endotécnica*», como una «*reserva de la que se alimenta el capital de la que extrae su sustancia*»¹⁰, o cuando Lipietz escribe a propósito de los «*métodos de extracción del saber-hacer obrero*» que «*la gran victoria de los patronos en los años 1920 ha dilapidado su propio botín (...) el gran yacimiento del saber-obrero*»,¹¹ éstos utilizan imágenes y esquemas próximos a los de los Fordistas. ¿Cuáles son las características de esta manera de concebir el saber obrero? ¿Cuáles son sus defectos?

⁹ Este aspecto simplificador de la problemática fordista es tratado en Saunier [1989].

¹⁰ Coriat [1982].

¹¹ Lipietz [1984].

Su característica esencial es hacer del saber obrero un saber acumulado fuera del capitalismo y que va a encontrarse inexorablemente debilitado y reducido por las punciones operadas por el capital. Según Freyssenet, los obreros disponen en origen de la totalidad del saber productivo, pero cada innovación técnica entraña una extracción del saber obrero que, por así decirlo, pasa a las máquinas. Por ejemplo, los obreros profesionales que trabajan con máquinas universales desaparecen al tiempo que las máquinas-herramienta especializadas se multiplican. A partir de esto, el stock de saber obrero se empobrece a medida que es convertido en medios de trabajo y, simultáneamente, a medida que pasa a las manos de un pequeño número de obreros «sobrecualificados», minoría que se salva de la descualificación generalizada y que se beneficia de esta descualificación. Es el caso también de los operadores que trabajan sobre máquinas-herramientas especializadas, franja de obreros «sobrecualificados» que ha reemplazado a los obreros profesionales que trabajan con máquinas-herramienta universales. Actualmente, y según los mismos principios, el desarrollo de autómatas programables, excluyendo a los programadores y a los controladores, permite a un grupo numéricamente poco numeroso de obreros profesionales mantener su cualificación o ser «recualificados» trabajando como operadores sobre estos autómatas programables. En cada ocasión, el número de obreros cualificados decrece. Tendencialmente, y siempre según la interpretación de Freyssenet, toda la cualificación debe «pasar» a las máquinas dado que se trata de un desplazamiento del saber en el que lo sustraído nunca es devuelto.

En la concepción de Freyssenet, el stock de cualificación resulta, así pues, finito, y aquello de lo que los unos se benefician le es necesariamente sustraído a los otros. El esquema del desplazamiento-dotación de saber se encuentra así reforzado por la idea de que no hay ningún flujo, ninguna inversión nueva que venga a renovar y a aumentar la cantidad inicial de cualificación y de saber obrero. Por el contrario, se da una extracción constante de este stock que se produce, como he indicado en la primera parte de este libro, según el principio de un juego de suma cero: «*la actividad intelectual que es extraída a la mayoría en su trabajo es atribuida a un pequeño número*». ¹² Hay que añadir que Freyssenet no es el único en defender esta concepción. La encontramos retomada, entre otros, por D. Linhart («*sabemos que el fordismo implica un cambio continuo del proceso de trabajo que va en el sentido de la descualificación de la masa de trabajadores en beneficio de la sobrecualificación de una minoría*»). ¹³

¹² Freyssenet [1977].

¹³ D. Linhart [1984]

En las líneas precedentes, he utilizado términos metafóricos (deslizamiento, stock, sustracción) porque la metáfora del recurso natural saqueado y nunca reconstituido, la metáfora de la energía que se degrada, o incluso la metáfora del potencial acumulado y jamás recargado dan buena cuenta de la concepción del patrimonio del saber obrero. Esta concepción tiene muchos puntos en común con la representación de las figuras obreras fordistas, la cual opone un obrero —el obrero prefordista— que dispone de la plenitud de sus propiedades (autonomía y, precisamente, saber) a un obrero —el obrero fordista— que ha sido vaciado de toda cualificación y que aplica su fuerza de trabajo bruta sobre un saber obrero convertido en máquinas y en Organización Científica del Trabajo. En los dos casos «la exteriorización» juega un papel esencial. De la misma manera que las figuras obreras vienen del «exterior» del capitalismo (de antes del capitalismo o de fuera de él), aquí, igualmente, el saber obrero tiende a ser producido fuera del capitalismo. Es un tesoro que el capitalismo encuentra en un principio, un yacimiento que explota, un stock de cualificación del que se alimenta. Este esquema del capital depredador se ve reforzado por la idea de que el capitalismo «no interioriza la reproducción del saber obrero», es decir que la cualificación, el oficio, las competencias de los obreros son aprendidas y transmitidas fuera de la industria y de forma más general fuera del universo capitalista. Teniendo como origen un universo diferente del capitalismo y ajeno a él, no producido por las «instancias de reproducción capitalistas», puesto en práctica (lo veremos más adelante a propósito del saber «clandestino») contra la organización «patronal» del trabajo, el saber obrero así concebido aparece como un saber paralelo, como un saber autóctono, como un saber endogámico, constituido, mantenido y transmitido exclusivamente en el seno de la clase obrera.

El primer defecto de esta concepción patrimonial del saber obrero resulta análogo al señalado más arriba a propósito de la ausencia del «obrero capitalista del interior». De la misma forma que la concepción «exogámica» de las figuras obreras fordistas conduce a no ver que el capital produce también endogámicamente a los obreros, la concepción patrimonial del saber obrero conduce a ignorar que las empresas pueden desarrollar las competencias profesionales de aquellos o de aquellas que ellas mismas emplean. Esta situación, es cierto, no es mayoritaria en Francia. Pero no resulta sin embargo excepcional, como bastarían para demostrarlo los «planes de carrera» y las ventajas ofertadas por ciertas empresas a aquellos obreros que éstas han formado, buscando con esto conservarlos y no dejar a sus competidores los beneficios de esta forma de inversión.

La representación patrimonial del saber obrero encierra otra trampa: tiende a magnificar el saber. En esta representación, los conocimientos profesionales de los obreros no son concebidos como adquiridos a lo largo del tiempo, como

constituidos a través de las relaciones antagonistas entre el «capital y el trabajo», sino como un patrimonio heredado que es considerado con tal respeto que es percibido como a salvo de toda filiación con el capital. Es por ello que, por otra parte, en esta concepción, el saber obrero no tiene más que dos destinos: o bien se pierde, o bien es salvaguardado. Se pierde si es puesto en contacto con el capital (que va a apoderárselo y consumirlo —es la visión de Freyssenet y de forma más general la visión que prevalece en los años 1970). Es salvaguardado, pero a condición de ser puesto en funcionamiento «*clandestinamente*» por los obreros (es la interpretación que va a predominar a partir de los años 1980 y que vamos a ver un poco más adelante).

El obrero-máquina.

Otra noción reduccionista utilizada por los Fordistas cuando abordan la «*sumisión*» obrera es la noción de «*obrero-máquina*». El obrero máquina forma un bloque, literalmente, con el principio maquinico. Es un puro ejecutante, un autómatas humano. En lugar de dirigir al utillaje, obedece pasivamente¹⁴ al sistema de máquinas, siguiendo su cadencia y ejecutando los gestos que se le ordena ejecutar. El tema del obrero-máquina no es un tema que aparezca con los Fordistas ni con los años 1970. Desde el siglo XIX, encontramos imágenes —entre ellas las de *Bee-Hive* citadas más arriba— que pueden aplicarse perfectamente al obrero-máquina del siglo XX. He aquí otra ilustración, dada esta vez por A. Merrheim en 1918, que va en el mismo sentido: «*la inteligencia es expulsada de las fábricas, no deben quedar más que brazos sin cerebro, autómatas con carne y huesos adaptados a los autómatas de hierro y de acero*».¹⁵ Pero el tema del obrero maquinizado reencuentra, en los años 1970, una gran audiencia. Entre las razones de este renacimiento, hay que citar las tesis de H. Braverman¹⁶ en quien los Fordistas se inspiran en grados diversos.

Según Braverman, en el proceso de trabajo fordista se produce una separación entre concepción del trabajo y ejecución del trabajo. Esta separación es absoluta. La disociación entre concepción y ejecución del trabajo es completa

¹⁴ «Ya no es cierto que el obrero trabaja con su máquina o sobre la máquina, es la máquina la que trabaja con el obrero, la que es propiamente activa, mientras que el obrero es la parte pasiva» [Gorz, 1978].

¹⁵ Citado por Freyssenet [1977].

¹⁶ Braverman [1976] (traducción francesa de *Labour and Monopoly capitalism* aparecido en 1974).

(si la metáfora del patrimonio del sabor acumulado y poco a poco sustraído ilustra bien las concepciones de Freyssenet, aquí se trata del esquema metafórico que yo llamo «1» en el anexo, es decir, es la imagen del decantamiento, del filtro, de la separación, la que se impone para dar cuenta de los puntos de vista de Braverman). Encontramos entonces, por un lado, a aquellos que dirigen, a aquellos que someten, del otro, a aquellos que ejecutan y que obedecen.

Para comprender el origen de esta tesis, hay que recordar las condiciones que la han provocado. Como el análisis fordista, el análisis de Braverman es un análisis abiertamente crítico y polémico con la forma entonces dominante (dominante particularmente en Estados Unidos) de explicar la evolución económica y social. A los cantos de sirena del progreso técnico que no señalan más que el crecimiento del nivel de vida, la abundancia de bienes, el aligeramiento de las tareas, la mecanización y la automatización de los trabajos penosos, la multiplicación del número de trabajadores cualificados y de los técnicos, Braverman les reprocha no ver lo esencial: el desarrollo de la condición salarial, la generalización de las tareas parceladas y descualificadas, el crecimiento continuo del trabajo en cadena, el aumento de las cadencias y de la intensificación del trabajo, en pocas palabras, las formas en lo sucesivo visibles de una evolución de la que Marx había elaborado ya su descripción y las categorías que permiten interpretarla. Al igual que la de los Fordistas, la crítica de Braverman es también una crítica del economicismo y del tecnicismo. El progreso técnico no es neutro y exógeno, señala (entre otros) Braverman. Es, por el contrario, una apuesta y un instrumento en la lucha de clases. Las clases que poseen los medios de producción buscan apoderarse del saber obrero, ciertamente para reducir —a través de la descualificación de los trabajadores y de la división del trabajo— los costes de producción de los bienes, pero todavía más para confiscarlo y reformularlo en una nueva combinación productiva. Presentada como técnicamente superior y como socialmente preferible, esta combinación nueva será de hecho una relación social de producción mucho más favorable a los capitalistas que la relación social de producción anterior. Apenas exagero al escribir que, para Braverman y para muchos que le siguen, la máquina de vapor, la cadena, las innovaciones técnicas no son tanto cambios técnicos como cambios que sirven para arrancar el saber obrero, que sirven para instaurar una relación social nueva donde los obreros, privados de aquello que les daba su fuerza (el saber obrero, el oficio), se convierten en ejecutantes dóciles de formas de producir concebidas por el poder capitalista.

Como los Fordistas, y por las mismas razones, Braverman pone el acento en el enfrentamiento de clases, en los fenómenos de dominación, de control, de sumisión. Es eso lo que provoca que él, como los Fordistas, tienda a identificar

todo el saber requerido para hacer funcionar la fábrica sólo con el saber obrero, y a hacer de la extorsión de este saber obrero por el poder capitalista el principio mayor de este poder. Un poder tiene como objetivo, para decirlo brevemente, someter y hacerse obedecer, más que explotar y conseguir beneficio.

Incluso formando parte del punto de vista polémico que la produce, esta concepción de los trabajadores como puros ejecutantes y sustitutos perfectos de autómatas es excesivamente reductora. Es poco decir que este obrero-autómata, que Doray define como una «reunión mecánica de funciones parciales y de trozos de órganos», no da cuenta de las condiciones reales de trabajo del obrero fordista. Haciendo de este obrero un «obrero-máquina», es decir un obrero: a) reducido al estado de autómata, b) cuyas capacidades reflejas son constantemente solicitadas al máximo, c) para el cual estas mismas capacidades son movilizadas exclusivamente en las únicas tareas que el obrero efectúa, los Fordistas confunden mecanización del trabajo y transformación de los trabajadores en máquinas; confunden automatización de los procedimientos y transformación de los trabajadores en autómatas. No comprenden que la repetición de gestos «elementales» concebidos por la Organización Científica del Trabajo no hace por ello, de aquel que ejecuta los gestos, un robot. No ven que una tarea puede ser efectuada de manera maquina sin que aquel que la efectúe sea necesariamente transformado en máquina. No perciben que, hasta en las tareas más parceladas, hay un saber que desborda los gestos «reflejos» a través de los cuales Freyssenet —y no es el único— define la actividad del obrero fordista. Señalemos de pasada que, cuando Freyssenet reduce así el trabajo a una actividad puramente refleja («la puesta en práctica capitalista del principio automático va a extorsionar al trabajador la pequeña parcela de actividad intelectual que le quedaba y a reducir su trabajo a una tarea de vigilancia puramente refleja»), no sólo va en contra de todo lo que ha sido mostrado a propósito de las tareas llamadas simples o elementales¹⁷, sino que contradice sus propios principios marxistas. Dejar cumplir una tarea tan simple como la que no necesita más que gestos «reflejos» a una fuerza de trabajo relativamente costosa como es el obrero evocado por Freyssenet, es contradictorio con lo que han enseñado Babbage (y después de él Marx), para quienes es una propiedad de la organización capitalista del trabajo ajustar el coste de la fuerza de trabajo con la parcelación y a la simplificación de trabajos efectuados y, por lo tanto, emplear a mujeres, a niños o incluso a animales, desde el momento en que la naturaleza de las tareas lo permite.

¹⁷ «M. Polanyi ha mostrado que toda acción humana implica un cierto grado de cualificación. La definición de un trabajo como no cualificado es consecuentemente relativa» [Jones, Wood, 1984].

Por volver a los tres puntos de la definición del obrero-máquina evocados más arriba, lo que falla, en esta definición, es que no ve que, incluso en el trabajo en cadena, hay: 1) una parte de conductas rutinizadas, es decir una parte de gestos llevados a cabo automáticamente —y esto en el mejor sentido del término: de forma interiorizada, optimizada, inconsciente—; 2) una atención fluctuante, una vigilancia intermitente, que les cuesta concebir a los Fordistas tratándose de un tipo de conducta que no pertenece al modelo dicotómico de todo o nada que les es familiar (sumisión o insumisión, obediencia o resistencia, trabajo o huelga, etc.); 3) una percepción del trabajo que no se limita a la tarea a la que es forzado el obrero especializado. No estoy diciendo que el obrero especializado que trabaja en la cadena no sea más que conducta rutinizada, atención fluctuante, trabajo cumplido sin esfuerzo ni constreñimiento. El punto débil de la argumentación de los Fordistas es rebajar al obrero especializado a un obrero-máquina en lugar de mostrar los procesos (*fallacy*, astucias, trucos, combinaciones) a través de los cuales los obreros especializados atenúan una parte de los constreñimientos del trabajo en cadena («cada una de esas pequeñas combinaciones, sus pequeños trucos que le han llevado años adquirir (...) y que no desea compartir más que con sus *dobleurs*,¹⁸ no desea compartírselos con una dirección que va a adoptarlos para hacer los tiempos más competitivos»).¹⁹

El obrero-máquina entonces no es apenas más verosímil que el obrero-masa con quien por otra parte no está exento de relaciones. Lo vemos bien en el texto de Doray (*Le taylorisme, une folie rationnelle?*, op. cit.), quien establece una equivalencia entre «el obrero máquina» y «obrero-fulano de tal». Para Doray, es debido a que ya no existe el oficio del obrero de oficio, porque se trata de un obrero sin cualificación y sin ninguna cualidad profesional, por lo que es una simple pieza viva incorporada en el sistema de máquinas, por lo que el obrero-máquina es simultáneamente un obrero-fulano de tal, es decir, un elemento serializado, que cumple tareas tan intercambiables como lo es él mismo. Ciertamente, el aumento de la intercambiabilidad de los puestos no es una mera intuición. La noción de obrero intercambiable tiene un sentido como principio analítico, en tanto que permite oponer dos situaciones: aquella en la que la sustituibilidad de los puestos es extremadamente fuerte (porque las tareas están parceladas y simplificadas el extremo y porque las directivas para llevarlas a cabo están fuertemente formalizadas), aquella en la que al contrario el obrero es difícilmente sustituible, sea porque el trabajo que efectúa demanda competencias

¹⁸ El obrero que ocupa el mismo puesto, en alternancia.

¹⁹ Charles Corouge, obrero especializado en Peugeot, entrevistado por Michel Pialoux [Corouge y Pialoux, 1985].

que le son propias, sea porque la definición económica y social de la división de tareas y su atribución tienen como resultado una afectación extremadamente rigurosa y especializada de los trabajos a efectuar (cada tarea, por mínima que sea, no puede ser cumplida —legalmente, si podemos decirlo— más que por la persona habilitada para cumplirla).²⁰

Pero no es éste el significado que muchos Fordistas dan a la noción de intercambiabilidad. Ellos ven en el obrero intercambiable una realidad visible y generalizada o, por decirlo de otra manera, piensan que los obreros se han vuelto intercambiables e idénticos. Esto es evidentemente inexacto por dos razones al menos:

146

Por un lado porque los obreros no son intercambiables. Cumplen las tareas más «simples», cada uno a su manera. Y he aquí un ejemplo extraído, como la cita precedente, de entrevistas entre Charles Corouge (obrero especializado en Peugeot) y M. Pialoux.²¹ En estas entrevistas, Corouge insiste sobre la individualización en la forma de ejecutar las mismas tareas, punto que ilustra explicando que para adornar los asientos de los coches él procede de manera diferente que su *dobleur*: «*los gestos pueden cambiar de un turno a otro (...) las personas no trabajan de la misma manera, incluso en embellecimiento (...) los gestos no son simples (...) por ello es entonces tan difícil robotizar una cadena, porque en ella puede haber una cantidad de gestos que pueden cambiar considerablemente de un tío a otro*». Este ejemplo, al que sería fácil añadirle muchas otras ilustraciones en el mismo sentido, muestra claramente que el trabajo de los obreros especializados no es el de los autómatas intercambiables, sino que se trata casi de un trabajo de «profesional». La prueba de ello es que en el caso evocado aquí —el del embellecimiento— los reemplazos ocasionales de los obreros especializados son obreros «*clasificados como profesionales*» y que deben trabajar «*entre dos, como media, para reemplazar a un solo obrero especializado*». El hecho de que los obreros cumplan un trabajo de profesionales, sin ser considerados y remunerados como tales, no es por otro lado ajeno a la amargura de Corouge y a su percepción aguda, sobre la que volveré, de que el trabajo obrero es básicamente un trabajo desconsiderado.

La segunda razón que señala lo inadecuado de la noción de intercambiabilidad de los obreros especializados es que los saberes puestos a funcionar —lo que comprende, aquí también, los de las tareas más «simples»— no se reducen

²⁰ Se ilustra a menudo esta situación a través del «corporativismo sindical británico». Ataño también a otros casos, por ejemplo, el membrete define, con la mayor minucia, las tareas y prerrogativas de aquellos que están ligados a la «comitiva real».

²¹ Utilizaré de nuevo, más adelante, estas entrevistas, donde no encontramos —y esto no es tan frecuente— ni glorificación, ni análisis compasivo de la «condición obrera».

a los saberes profesionales requeridos, saberes profesionales que los Fordistas tienden a confundir con los saberes realmente movilizados. Refiriéndose a estos saberes, Coriat recuerda que la «*revolución en el proceso de trabajo*» operada por Ford hizo bajar considerablemente el tiempo de formación de las diferentes categorías de obreros. Pero no porque tras la «*revolución*» de Ford el 43% de los obreros especializados que éste contrata en sus fábricas sólo tengan necesidad de una jornada de formación para cumplir la tarea que se les pide, ese tiempo de formación explica, por sí solo, la forma en la que el trabajo va a ser llevado a cabo, la manera en que el obrero especializado así formado (en un día) va a ejecutar su tarea, la rapidez y la «*seriedad*» de las que va a dar prueba (o, al contrario, la lentitud, la indiferencia por el trabajo que va a tener). Igualmente, cuando Freyssenet limita la cualificación obrera a aquello que es aprendido a través del «*aprendizaje*» y la «*instrucción*», puede sin duda alimentar su tesis de la descualificación generalizada, pero no sabrá explicar por qué, a misma cualificación (es decir con tiempo de aprendizaje y de instrucción iguales) encontramos diferencias tan grandes entre los saberes de cada obrero. Es precisamente porque los obreros que trabajan en la cadena aportan allí mucho más que la formación y la cualificación explícitamente requeridas por lo que el funcionamiento de la cadena no puede ser remitido solamente a este débil grado de formación y de cualificación. Si los obreros fueran, como sostienen los Fordistas, «*obreros-masa*», «*obreros-máquina*» perfectamente intercambiables, no se explicarían las diferencias espectaculares de productividad de la cadena según las fábricas, las regiones, los países. Con toda evidencia, estas diferencias tienen relación con las diferencias en la organización del trabajo según el país, con la diversidad de los rasgos culturales de los obreros, y no solamente con la formación que les es dada.

Las representaciones estereotipadas del trabajo: improvisaciones o automatismos.

¿Cómo explicar el éxito de nociones tan débiles como «*obrero-máquina*», «*obrero-fulano de tal*», «*obrero-masa*», «*obrero intercambiable*»?

Hay en primer lugar razones que se deben a la problemática de Braverman y de los Fordistas. Estas razones —las recuerdo sucintamente puesto que ya las he indicado precedentemente— son las siguientes: 1) efecto de réplica a las explicaciones dominantes, lo que se traduce en una simplificación en el sentido

opuesto a estas explicaciones y que conduce a no ver más que obreros-masa y obreros-máquina ahí donde los apologistas del progreso técnico y de la modernización no ven más que automatización del trabajo, multiplicación de técnicos, de ingenieros y de cuadros; 2) efecto de indignación moral ante el destino de los obreros especializados que trabajan en la cadena, que lleva a denunciar, más que a examinar sin *a priori*, estas condiciones de trabajo; 3) magnificación del saber obrero transformado en modo de conocimiento más verdadero que el saber «científico» o que el saber «burgués»: el pasaje que cierra *La division capitaliste du travail*, pasaje citado más adelante, es un buen ejemplo de esta idealización del saber obrero, 4) inclinación a utilizar de forma dogmática las categorías marxistas, que no resultan ni flexibilizadas, ni actualizadas, en el estado en que son remodeladas por los Fordistas.

Sin embargo, estas razones no bastan para explicar la seducción que ejercen sobre los Fordistas nociones tan visiblemente débiles como «*obrero-máquina*», «*obrero-masa*» o incluso «*obrero-materia*». Si estas nociones se imponen tan fácilmente es porque la representación dominante de lo que es el trabajo es ella misma débil, coincidiendo mucho más con los esquemas de los Fordistas de lo que los contradice. Los tipos obreros que se señalan en el análisis fordista del saber obrero: a) el obrero-máquina y el obrero-masa, ejecutantes despersonalizados, tan serializados como el producto que fabrican; b) el obrero-materia, pariente próximo de la «*materia trabajada*»;²² c) el obrero artesano, maestro de obra, de la «bella obra», son de hecho tres figuras convencionales perfectamente acordes con los estereotipos que definen los diferentes tipos de trabajo y formas de los saberes. En otras palabras, estos tipos de obrero y los tipos de saber a los que son asociados se adecuan a las formas de pensar dominantes, la cuales oponen constantemente trabajo intelectual y trabajo manual, concepción y ejecución, idea y aplicación, producción original y repetición mecánica. Esto provoca que toda actividad fuertemente repetitiva como es la del obrero especializado de la cadena, en lugar de ser vista también como la condición del gesto eficaz, como la condición de la ejecución económica en tiempo, o incluso como la ocasión de conductas rutinizadas, sea arrojada instantáneamente hacia el polo opuesto de la creación «verdadera», de la obra «original», del trabajo «auténtico». Es tanto más rechazada hacia ese polo cuanto los gestos repetitivos son la acción de obreros percibidos como indiferenciados. La repetición (en lugar de la creación singular), la uniformidad presupuesta de la «masa» (en lugar de la singularidad individual), el elemento serializado (en lugar de la

²² El obrero-materia es descrito un poco más adelante.

complejidad de la obra concebida y producida en su integridad) son, para la visión dominante, la negación absoluta de la creación, que es «la obra» del artista o —a falta de artista— la obra del artesano.

Lejos de tomar distancia con estos marcos de representación dominantes, los Fordistas los hacen suyos. Cuando Gorz excluye que el trabajo creativo pueda ir a la par con la «esfera de la necesidad» (la esfera de las actividades capitalistas, la esfera de las actividades que no son «autónomas»),²³ cuando Freyssenet escribe que con «la puesta en práctica capitalista de la especialización del trabajo, el trabajador ya no tiene la posibilidad de organizar él mismo su trabajo, de hacer incluso una obra personal»,²⁴ o más sintomáticamente incluso, cuando D. Linhart afirma que «el taylorismo quiere la muerte, lo repetitivo permanentemente» y que «las industrias de serie se reducen a un combate de la vida contra la muerte»,²⁵ son estos los clichés más corrientes que se utilizan, clichés según los cuales, allí donde hay repetición y número, no puede haber más que uniformidad y gregarismo.

El éxito de nociones tan simplificadoras como «obrero-máquina» o como «obrero-masa» no se apoya sólo en las razones que he enumerado más arriba. Se debe también a las formas de pensar dominantes, al impacto que éstas tienen sobre las formas de ver de los Fordistas que contribuyen, por así decirlo, a limitarlas y volverlas rígidas. Por no tomar más que un ejemplo, es sintomático que los Fordistas no comparen jamás actividades industriales y actividades no industriales, tareas industriales y otras tareas no industriales como son las actividades «cotidianas» o incluso las actividades artísticas o deportivas. No se trata de hacer abstracción de las diferencias existentes entre estos tipos de actividades. Nadie sostiene que el saber rutinizado que permite al conductor de coche veterano conducir incluso sin pensar es una noción que basta para explicar la actividad del obrero especializado en la cadena. Igualmente sería estrambótico sostener que las prácticas deportivas y las prácticas «fabriles» son de la misma naturaleza. No obstante prácticas como las deportivas nos hacen ver aquello que, precisamente, los Fordistas no ven: a saber, que no hay por un lado actividades improvisadas que le deban todo a la inspiración del momento y por el otro lado actividades integralmente programadas y automatizadas. No es necesario practicar profesionalmente un deporte de

²³ Gorz [1980].

²⁴ Freyssenet [1977].

²⁵ «El taylorismo quiere la muerte, lo repetitivo, lo idéntico permanentemente: reproducir el mismo gesto, lo que ha acabado está ya listo para recomenzar. Pero la vida se reintroduce por todas partes. Finalmente las industrias de serie se reducen a un combate de la vida contra la muerte» [D. Linhart, 1983].

equipo o ser un *aficionado* a alguno de ellos para percibir que los gestos que ejecutan los deportistas son tanto pensados como ejecutados, tanto repetidos como improvisados, y esto permite captar hasta qué punto el modo de pensamiento binario de los Fordistas —o bien la improvisación del artista, la creación del artesano, o bien los gestos programados del obrero robotizado— es incapaz de dar cuenta de las prácticas efectivas.

Para quien dude de que improvisación y automatismos cohabitan siempre en grados diversos, le bastará con detenerse un instante en el caso de las actividades deportivas y especialmente en el caso de los deportes colectivos. El éxito de un equipo pasa sin duda por las repeticiones destinadas a perfeccionar el «gesto técnico», a memorizar las combinaciones del juego, a crear automatismos tanto personales como colectivos. Sin embargo, no es ni la aplicación escrupulosa de estos automatismos ni, a la inversa, la libertad absoluta abandonada a la «improvisación genial» lo que asegura el éxito de un equipo. Este éxito viene de que los jugadores apliquen, sin respetarlas completamente, las consignas de juego y las combinaciones aprendidas y repetidas en el entrenamiento. Dicho de otra forma, este éxito viene de que ejecuten un plan de juego corrigiéndolo por medio de improvisaciones tanto más numerosas y eficaces cuanto su vista es más grande. La aplicación impecable de combinaciones repetidas hasta la saciedad pero, al mismo tiempo, la capacidad de introducir, en estas combinaciones, lo inesperado, lo imprevisible, lo imparabile, definen «la inteligencia de juego», que está hecha de la capacidad de registrar la posición móvil de los jugadores tanto como la combinación aplicada por los dos equipos. Esta inteligencia de juego provoca también la capacidad de anticiparse a las posiciones y a sus combinaciones adivinándolas y desbaratándolas a partir de una variante de juego o por un «gesto técnico» percibidos como imprevisibles por el equipo adversario, mientras que por el contrario forman parte de las combinaciones de juego enseñadas y de los gestos técnicos planeados en el entrenamiento. Esta inteligencia de juego es abundantemente descrita y comentada en muchos más sitios que los periódicos deportivos. Muestra —o mejor dicho, debería mostrar— que la improvisación no se opone a la ejecución automática. Muestra —o mejor dicho, debería mostrar— que una práctica «corporal» como la de las prácticas deportivas no es por ello una práctica inmediatamente corporalizada y exclusivamente «física», sino que está hecha de inteligencia, de comprensión y de representación de aquello que el «cuerpo» debe ejecutar. El hecho de que estos desmentidos infligidos sobre una representación que opone constantemente improvisación y automatismo acabe sin tener efectos, es un buen índice de la fuerza de los prejuicios en este terreno. Lo que no es visto en las actividades más espectaculares y más

corrientes como son las actividades deportivas tiene todavía menos posibilidades de ser visto cuando se trata de una actividad mucho menos visible como es la del trabajo en la fábrica.

El obrero-materia.

151

En lo que precede, he puesto como ejemplo las prácticas deportivas porque la forma dominante de representárselas es frecuentemente inadecuada, pero no habría que creer que estas prácticas son las únicas sobre las que se aplica una mirada «corporalizante». La representación de las actividades deportivas como actividades exclusiva e inmediatamente corporales (es decir, como actividades que no exigen otras mediaciones que las instintivas entre el cuerpo y aquello que éste ejecuta) no es más que un caso entre otros de una propensión a corporalizar las actividades inferiores o aquellas —lo más frecuente es que sean las mismas— ejercidas por los individuos de los grupos dominados. No es sorprendente encontrar esta propensión aplicada a los obreros, los cuales van a ser percibidos, en este caso, como «obreros-materia». Que se trate del «*hombre de hierro*», del «*hombre carbón*»²⁶ o más generalmente del «*trabajador manual (...)* que *aprehende la realidad a través de sus sentidos, con sus manos, con su fatiga*»²⁷, este obrero-materia es el obrero que se hace un cuerpo con los materiales que maneja, que extrae o que modela. «*En contacto directo con la materia trabajada*», teniendo con ella «*una familiaridad y una intimidad casi física*»,²⁸ acaba por volverse parecido a ella o, por lo menos, comparable con ella: tan duro, tan resistente, tan rudo como los elementos con los que se enfrenta.

Bajo las metáforas que glorifican al obrero-materia, no es difícil reconocer una mirada que corporaliza las actividades y que hace, de aquél que las ejecuta, un puro trabajador manual, un pariente próximo de la naturaleza. En otros términos, no es difícil reconocer una mirada dominocentrista que ha rebajado rápidamente a los individuos y a los grupos dominados allí donde quiere que estén: del lado de lo corporal, del lado de lo sensorial, del lado de lo concreto, del lado de lo práctico, y que no les ha excluido menos rápidamente de todo lo

²⁶ Desbois, Jeanneau y Mattéi [1986].

²⁷ Bernoux et al. [1973].

²⁸ Cru [1985].

que, de cerca o de lejos, evoca lo abstracto, lo cerebral, lo simbólico.²⁹ Esta mirada dominocentrista no comete solamente el error de creer que la vida de los grupos dominados está regida exclusivamente por determinaciones materiales —por «necesidades» que se considera que no dejan ningún espacio a lo simbólico—: se equivoca sobre el principio mismo de los conocimientos movilizados por los obreros en su trabajo. Que muchas de las tareas que efectúan sean «manuales», que requieran de percepciones y de sensaciones, no significa que aquellos que las efectúan sean puros «sensitivos». El hecho, por ejemplo, de que la operaria de la máquina perciba inmediatamente si la máquina funciona bien o no o, por poner otro ejemplo, el hecho de que el patrón de un barco de pesca «sienta» que hay que dirigir el barco hacia tal zona en lugar de hacia tal otra —sin poder decir por qué es hacia esta zona hacia la que hay que ir— no quiere decir que el patrón pescador y la obrera que trabaja sobre la máquina estén dotados de propiedades afines con los elementos naturales. Esto significa que sus conocimientos están hechos de una comprensión de lo que sucede en la máquina, en la zona de pesca, etc., pero que esta comprensión es difícilmente expresable porque reposa en índices que son variados, dados por sentido y, sobre todo, difíciles de formalizar. Se trata de conocimientos que Jones y Wood llaman «tácitos», por oposición a los conocimientos más «formalizados» como los de los ingenieros³⁰.

Pero que los saberes obreros estén poco formalizados y, por lo tanto, sean más difíciles de explicitar y de transmitir que otro tipo de conocimientos, no impide que estén contruidos a partir de una representación de la realidad. Lo vemos bien en el ejemplo dado por Jones y Wood que confronta tres tipos de

²⁹ Esta propensión se encuentra frecuentemente. Así, aunque se esfuerza por no considerar a los obreros que estudia como modelados por el universo material, G. Noiriel [1983] tiende más de una vez a oponerlos a aquello que es abstracto, a aquello que es cerebral, y de forma más particular, a aquello que es «intelectual» —y esto precisamente porque no toma suficiente distancia con los elementos implícitos que contiene la definición del obrero como alguien instintivo, como alguien primario, como alguien manual. Para ver con más precisión la propensión a oponer obrero e intelectual, remitirse a Saunier [1989].

³⁰ «El conocimiento tácito se aprende a través de la experiencia individual; es difícil —a menudo imposible— expresarse en un lenguaje explícito y formalizado y está ligado generalmente a una situación específica. La simple memorización de una serie de instrucciones detalladas será insuficiente para conseguir el cumplimiento de la tarea (...). El ingeniero que traduce los planos de un modelo de avión en lo relativo a la capacidad de resistencia de los materiales a utilizar, se sirve principalmente de cualificaciones formalizadas (a pesar de que éstas contienen además conocimientos tácitos). Por el contrario, el obrero de oficio que fabrica los componentes de un prototipo, se apoya en su intuición y su experiencia anterior que le ayudan a traducir las descripciones detalladas en modelos. Él o ella se apoyan en cualificaciones ampliamente tácitas» [Jones y Wood, 1984].

comprensión del funcionamiento de un barco de vapor (este ejemplo está sacado de un libro titulado *The sand pebbles* popularizado en Francia por su transposición cinematográfica). El capitán del navío simboliza el saber «teórico», el mecánico simboliza el «oficio» —oficio que le hace presentir que la reparación considerada podrá (o no podrá) tenerse en pie— la tripulación, doblemente indígena, si podemos decirlo así, porque se compone de *coolies* chinos, simboliza a aquellos de los que habríamos escrito, hace cien años, como con una mentalidad prelógica en la medida en que no tienen ninguna idea de los principios termomecánicos que propulsan el navío. Las concepciones que permiten al mecánico analizar el funcionamiento de las máquinas son incontestablemente más científicas, más formalizadas y en su conjunto, más adecuadas que las de la tripulación indígena. El mecánico sabe que la propulsión del navío proviene de la presión ejercida por el vapor, que esta presión es transmitida por las bielas y que no son «dragones» o «minisoles» (como cree la tripulación) los que están en el origen de esta propulsión. Pero Jones y Wood muestran claramente que la comprensión indígena del funcionamiento de la máquina —a pesar de ser «falsa»— es «global» y que se distingue por la débil parte de conocimientos formalizados.

Hacer del saber obrero un saber-connivencia, un saber-mimético que se adquiere y se transmite por proximidad, por contagio físico y gestual («*el mono ve, al mono actúa*») dice el capitán del barco para caracterizar la forma de aprender de su tripulación), implica equivocarse acerca de las características de este saber. No es en absoluto lo mismo remitir las percepciones, las sensaciones, las intuiciones que implica el saber obrero a una larga práctica a través de la que se constituye una comprensión —verdadera o falsa, poco importa— de lo que sucede en el interior de la máquina, en la zona de pesca, etc., que hacer entender que tiene que ver con una relación que es del orden de la afinidad o de la similitud con los elementos naturales. En este último caso, no estamos lejos de las metáforas animales de Taylor («*el obrero-buey*», el «*gorila-domesticado*»).³¹ Estas metáforas horrorizan a los Fordistas; sin embargo están más próximas a ellas de lo que creen. La glorificación del obrero endurecido por su «*cuero a cuero*» cotidiano con los elementos naturales es el tipo de homenaje que rebaja a aquél que lo recibe. Haciendo como si toda capacidad de reflexión, véase

³¹ Estas metáforas son menos despreciativas de lo que parecen. En Taylor la animalización proviene de una forma de desmentido con el que no hace depender la *fallacy* [simulación] obrera de una incapacidad para trabajar inteligentemente. Él la analiza como una conducta dirigida a no confiar al patrón más que un mínimo del saber obrero, y esto con el fin de mantener un relativo control sobre la forma de ejecutar el trabajo.

toda actividad mental, fueran superfluas en el trabajo obrero, este tipo de representación no hace más que retomar la vieja concepción de Halbwachs³², que sigue siendo igual de falsa hoy en día como lo era a comienzos de siglo.

El redescubrimiento del saber obrero.

154

Abandonemos al obrero-materia y volvamos sobre el «*obrero-masa*» y el «*obrero-máquina*». Estos tipos obreros no van a sobrevivir mucho tiempo tras los años 1970. Desde mediados de los años 1980, van a ser abandonados. El cambio de interpretación de los Fordistas va a ser al mismo tiempo rápido y espectacular. Se caracteriza por una modificación de la explicación y por un cambio del ámbito de estudio. Las industrias de serie, las industrias de procesos discontinuos, que eran las únicas que obtenían la atención de los Fordistas de los años 1970, dejan de ser tomadas como objeto de estudio en beneficio de las industrias de procesos continuos. Se caracteriza también por un cambio en el punto de vista sobre el saber obrero. «*El obrero-máquina*» es abandonado en beneficio de la concepción opuesta según la cual el saber obrero es indispensable para el buen funcionamiento de la fábrica, al mismo tiempo que la tareas efectuadas por los obreros aparecen en lo sucesivo como «*complejas*» (y ya no más en tanto que «*elementales*», como hasta entonces) y porque la astucia, «*los ingenios obreros*», son percibidos en adelante como condiciones esenciales del funcionamiento de la fábrica.

No hay por qué criticar un cambio en la explicación que tenga en cuenta las modificaciones de la realidad. Ahora bien, como un gran número de industrias, la industria del automóvil (industria insignia de los Fordistas) ha cambiado desde mediados de los años 1970. Los métodos de producción caracterizados por la fabricación de series amplias, por la importancia de los stocks, por la relación rígida entre el tipo de máquina y el tipo de pieza fabricada, dejan paso a métodos donde la flexibilidad, la robotización, el *justo a tiempo* ocupan un lugar privilegiado. El recurso a máquinas robotizadas, capaces de adaptarse instantáneamente a la fabricación y al montaje de diversos tipos de piezas y capaces, consecuentemente, de responder sin retraso a las variaciones de la demanda, suprime ciertas restricciones de los métodos de producción anteriores. Todo

³² Ver C. Grignon, J.-C. Passeron [1989].

esto se acompaña de modificaciones en la estructura de los empleos, en los niveles y en los tipos de cualificación buscados, hasta el punto de que, en ciertas ramas, se da una «*reprofesionalización del trabajo*».³³ Este término implica, por un lado, la necesidad creciente de obreros cualificados exigida por estos nuevos métodos de producción. Implica, por otro lado, una utilización diferente de los conocimientos obreros. Desde ahora, éstos son considerados como una fuente mayor de productividad, fuente que los métodos tayloristas-fordistas habían utilizado poco porque habían privilegiado la combinación disciplina/Organización Científica del Trabajo/mecanización más que el partido, que no habían sabido sacar, del saber obrero.

Sería entonces absurdo quejarse de que los Fordistas hayan tenido en cuenta estas modificaciones. Si podemos hablar de un cambio de rumbo a propósito de ellos es, en primer lugar, porque avanzan, sobre el mismo tema, una explicación que es la contraria de la que sostenían algunos años antes. El tema —el papel del saber obrero en el proceso de trabajo, la parte de autonomía obrera en la tarea a efectuar— es el mismo, pero la explicación es diametralmente opuesta. El obrero especializado de la industria automovilística ya no es más un obrero «*fulano de tal-máquina*» o un obrero «*fulano de tal-masa*», se ha convertido en el ejemplo mismo de que la autonomía obrera y del saber obrero siguen bien vivos; las tareas ya no son «simples» y «elementales», se han convertido en «ricas» y «complejas»;³⁴ los gestos ya no son puros reflejos, implican procesos mentales.³⁵ En pocas palabras, allí donde los Fordistas no veían más que cuerpos maquinizados y la mirada vacía de los obreros-masa, ven ahora «*hombres*» a los que el trabajo industrial no les ha arrancado ni su

³³ H. Kern, M. Schumann [1984]. Señalo de pasada que Kern y Schumann son un ejemplo de los cambios de interpretación en el análisis del trabajo industrial. La tesis que defienden en los años 1980 (las empresas buscan utilizar las competencias obreras, la división del trabajo se atenúa, las relaciones de autoridad pierden parte de su fuerza) es la opuesta de la que sostenían veinte años antes y que era una variante de los puntos de vista de Braverman (polarización creciente de las cualificaciones, «maquinización» de un número cada vez mayor de trabajadores, división y parcelización siempre acrecentadas de las tareas, etc.). Sin embargo no podríamos hacer de Kern y Schumann los homólogos alemanes de los Fordistas franceses. Por un lado su trabajo se apoya en estudios empíricos numerosos y metódicos; por otro lado Kern y Schumann se explican claramente su propio cambio de interpretación. Es esto tan cierto que el tema central de su texto (*Das Ende der Arbeitseilung?* —este texto es presentado por Ph. Bernoux [1988]) es el siguiente: el diagnóstico y los pronósticos que habíamos hecho en los años 1960, ¿son todavía exactos y, en el caso contrario, por qué no lo son?

³⁴ «*Nos parece importante restituir a la vivencia obrera y, de forma más general, a la vivencia de todo trabajo descualificado, toda su complejidad y por lo tanto toda su riqueza*» [D. Linhart, 1982].

³⁵ «*No nos parece que la automatización de las industrias de proceso (...) suprima los procesos mentales*» [Terssac, Coriat, 1984].

«individualidad» ni su «especificidad de ser humano». Hasta la vagancia (ayer obrera: la *fallacy* [simulación] perseguida por Taylor) también, ha cambiado de bando: sirve ahora para designar «*la ociosidad del capital*», es decir, el subempleo de las máquinas. Un cambio tal merece ser señalado. Puesto que a pesar de que las condiciones de trabajo de los años 1980 no son ya las de los años 1970, la cadena no ha desaparecido por ello, ni la Organización Científica del Trabajo, ni las cadencias, ni la pausas reducidas al mínimo, ni la competencia entre los obreros por evitar formar parte de los despedidos.³⁶ De la misma forma que no han desaparecido todos los obreros especializados, todos los trabajadores inmigrantes, todas las tareas parcializadas y repetitivas que, antes, movilizaban la atención de los Fordistas.

Lo que incita igualmente a interrogarse sobre los cambios en la explicación de los Fordistas y a ver allí un viraje de la interpretación, es que este cambio es explicado de manera poco convincente. Esta modificación en la manera de ver es remitida al progreso que habría realizado, a través del conocimiento de los aspectos económicos y sociológicos del trabajo, la comunidad de economistas y sociólogos. Una explicación de este tipo no resiste un examen. Escribir «*que uno de los aspectos positivos de los últimos diez o quince años, desde el punto de vista de la investigación y desde el punto de vista de las luchas obreras en sí mismas, es haber hecho aparecer diversidades extremadamente grandes en las situaciones*» (de la clase obrera), lo que permite tener «*una visión mucho más próxima de la realidad de estas diferencias*»,³⁷ es limitarse a las visiones de una parte de los sociólogos y de los economistas —a las visiones de los Fordistas especialmente. Es no dar cuenta de los puntos de vista que tenían, desde los años 1960, un Naville o un Friedmann. Sostener, poco más o menos, que todos los «*sindicalistas*» y los «*sociólogos*» con los que ha contado Francia se han sacrificado, durante años, al «*maniqueísmo*» y al «*obrero masa*» antes de descubrir, en los años 1980, «*las insuficiencias y el esquematismo*» de tales nociones,³⁸ *es ignorar aquí también las diferencias existentes entre «los sindicalistas» y entre «los sociólogos»*. Touraine, Verret, Andriex y Lignon, por no citar más que algunos de ellos, no han esperado hasta los años

³⁶ La industria del automóvil, que no es la industria donde las condiciones de trabajo son las peores, ofrece numerosos ejemplos de intensificación de las cadencias, de disminución de los tiempos de pausa, de competencia exacerbada por no estar entre los que formarán parte de la próxima hornada de excluidos. Al respecto de Renault, ver por ejemplo el artículo de A. Lebaube [1987] publicado en *Le Monde*. Para Peugeot, nos remitimos a Beaud y Pialoux [1991].

³⁷ B. Coriat [1983].

³⁸ A. Borseix, D. Linhart [1986]; D. Linhart [1983].

1980 para evitar los que bien podemos llamar tópicos sobre el obrero-masa, sobre la cadena, sobre las industrias en serie.

Por no tomar más que dos ejemplos, cuando Andrieux y Lignon se arriesgan a utilizar un término como el de masa, tienen el cuidado de tomar distancia con todas las connotaciones dominocentristas que contiene tal calificativo: «*En el momento actual, no es una minoría actuante la que caracteriza al grupo obrero como antaño, sino que es la masa obrera; sin que el representante de esta mayoría pueda recibir la designación peyorativa de hombre-masa*» (*L'ouvrier d'aujourd'hui*, 1966). Igualmente, cuando Verret, en esos mismos años, da cuenta del libro de R. Hoggart (*La culture du pauvre*), no es para librarse a una queja sobre la condición del obrero-masa, sino para escribir, entre otras cosas, esto: «*Por más desposeída que la clase obrera esté con respecto a la concepción de la organización y de la dirección del proceso de trabajo, siempre queda el que su trabajo pone en marcha una cultura tecnológica que supone a su vez un control de las capacidades operatorias de la mano y del cerebro, que sólo el etnocentrismo intelectual de las clases dominantes, llevadas a definir, en las categorías implicadas, el pensamiento por la autonomización de las funciones intelectuales del trabajo y del monopolio que ejercen en su propio beneficio, podría excluir las de la dignidad de las funciones pensantes y, a fortiori, de la definición de la cultura*»³⁹.

Las explicaciones dadas para dar cuenta del abandono del «obrero-masa» en beneficio del obrero dotado de un saber «complejo» son entonces cuando menos simplificadas: oscurecen, más de lo que aclaran, un viraje de la problemática que, sin duda, tiene causas generales⁴⁰ pero que, tratándose de los Fordistas, puede remitirse a tres razones.

1/ El cambio del punto de vista de los Fordistas es facilitado por el desplazamiento del análisis desde las industrias en serie hacia las industrias de flujo. El abandono del obrero-masa en beneficio del obrero que detenta un saber «complejo» ha sido facilitado por la traslación del análisis fordista desde las industrias de montaje hacia las industrias de *proceso*. Lo vemos claramente en

³⁹ Verret [1982].

⁴⁰ El cambio de problemática de los Fordistas no puede separarse de los cambios en la explicación que han intervenido en los últimos treinta años en el ámbito del trabajo. Las características de estos cambios —«*un cambio a veces radical, más frecuentemente discreto, es decir, inconfesado o rechazado de antemano*» [Maurice, 1984]— recuerdan en más de un punto las características señaladas en el presente texto a propósito de los Fordistas. El viraje en la interpretación, la rapidez con la que los puntos de vista son abandonados, el retraso en la explicación sobre la realidad a explicar, la percepción falsa de los cambios que han intervenido en esta realidad, rasgos que son tan característicos de la interpretación fordista, se reencuentran bajo una forma atenuada en la problemática de los análisis del trabajo.

el caso de Coriat, en el que el abandono de una interpretación en términos de «*obrero-masa*», «*de disciplina*», de «*contramaestre-policía*», en beneficio de una interpretación de «*contramaestre-animador*»,⁴¹ va a la par de un cambio en el tipo de industria estudiado (industrias de procesos discontinuos hasta el comienzo de los años 1980, industrias de procesos continuos después). No sobreentendiéndose que la oposición industrias de serie/industrias de procesos continuos haya sido un subterfugio que hubiese permitido a los Fordistas disimular un cambio en la interpretación. Este cambio es probablemente debido, por una parte, a lo que P. Tripiet llama el «*el descubrimiento ingenuo por parte de los economistas de las leyes de organización del trabajo*»,⁴² el descubrimiento, en ese momento, de que existen otros tipos de industria y de saber obrero diferentes a aquellos representados por el automóvil. Bastaba con que la oposición industrias de serie/industrias de flujos se presentara oportunamente para ayudar a los Fordistas a franquear el paso que separa al obrero-masa del obrero-detentador-de-saberes-complejos. Todo permite pensar que esta oposición entre industrias ha permitido a los Fordistas decir aquello que no se autorizaban a decir — en esa época en todo caso — a propósito de la clase obrera. Todo incita a leer en la condena sin tregua de las industrias de serie («*la herencia histórica que está desgarrándose*»)⁴³ una condena — todavía impronunciada en los años 1980 — de un tipo de obrero («*el obrero-masa*») y de prácticas obreras («*el saber resistir al control social*») que los Fordistas no han dejado de asociar a las industrias en serie.

2/ Otra razón del cambio en la interpretación de los Fordistas es su cambio en el punto de vista sobre el obrero-masa. A partir de los años 1980, el obrero-masa es percibido como un obrero que ha dejado de ser hegemónico, como un obrero en declive. Que esta hegemonía haya sido ficticia, que el obrero-masa no haya tenido nunca el peso numérico que habían imaginado los Fordistas, no es lo que cuenta. Lo que importa es que la representación que se habían hecho de él ha cambiado del todo en los años 1980. Con anterioridad, la presencia masiva del «*obrero-masa*», la oleada en aumento del «*obrero-masa-internacional*» impresionaba

⁴¹ Coriat [1986]. La interpretación en términos de «*disciplina*», «*de obrero-masa*», etc, se encuentra claramente en Coriat [1979].

⁴² Tripiet [1985: 229].

⁴³ B. Coriat [1983]. Este artículo se sitúa entre dos formas de pensar. Coriat opone aquí, al mismo tiempo, dos tipos de industrias (industrias en serie industrias de flujo), dos tipos de saber obrero (el saber hacer del «*control social y de resistencia a ese control social* / el «*continuum de saber entre agentes*», es decir el continuum de saber entre los obreros y los técnicos), dos tipos de organización del trabajo (las «*relaciones disciplinarias*», el «*contramaestre-policía*» / la «*participación colectiva de los obreros, los agentes de control, los técnicos*» en las tareas productivas), dos perspectivas (una «*herencia histórica que está desgarrándose*»/las grandes perspectivas de futuro).

a los Fordistas. La desaparición de estas figuras obreras —o mejor dicho, todavía una vez más, la idea de esta desaparición— van a hacer nacer otras emociones: van a provocar ternura y nostalgia. Las «*cadencias*», el «*contramaestre-policía*», «*las relaciones disciplinarias*», el aspecto negro de la cadena, todo eso va a esfumarse. Lo que va a quedar de las industrias en serie y del proceso de trabajo en estas industrias, es una imagen idealizada que no retiene más que los «*intersticios donde se alimenta la autonomía obrera*»⁴⁴ y que sólo se acuerda de la resistencia en común frente a las cadencias, de las solidaridades entre los «*compañeros*» del «*taller*».

Puesto que desde entonces, a mediados de los años 1980, *compañeros* y *taller* son términos corrientemente utilizados para evocar el universo fabril,⁴⁵ cuando la cadena es evocada, esta evocación está hecha a partir de contrastes entre el «*vacío*» y «*el aislamiento*» que prevalecen ahora en las relaciones de trabajo y el calor y la comunidad que existían antaño. «*En la LAM (Línea Asimétrica de Motores: es el sistema que reemplaza a la cadena en ciertas industrias de la FIAT), cada obrero trabaja en un puesto, aislado de los otros, (...) es imposible comunicarse con los otros obreros y es imposible redistribuir el trabajo de manera informal. Es el vacío, el aislamiento, la materialización de la pujanza de la tecnología, la ruptura de la comunidad obrera tan fuertemente presente en la antigua cadena, la destrucción de toda forma de organización directa e inmediata (...) ya no existe más esta "solidaridad obrera" tan fuertemente sentida en el sistema de trabajo tradicional*».⁴⁶ Ciertamente, las condiciones de trabajo en cadena han cambiado (en el artículo que se acaba de citar, el sistema LAM ha sustituido a la antigua cadena) y este cambio ha roto la solidaridad obrera. Pero no es sólo que la cadena haya sido modificada y las condiciones de trabajo se hayan endurecido; la mirada de los Fordistas también ha cambiado. Ya no ven lo que veían antes, o mejor dicho ya no ven de la misma manera. Para describir la misma realidad —la cadena de los años 1970— emplean a partir de los años 1980 colores mucho más vivos y alegres que los que utilizaban hasta entonces.

3/ Finalmente, no podemos dejar de ver, en la rehabilitación del saber obrero, en el redescubrimiento de «*la autonomía*» obrera,⁴⁷ la manifestación de una fase típicamente autonomista que hace juego con la representación legitimista que

⁴⁴ D. Linhart [1982].

⁴⁵ El éxito «*de las nuevas armas patronales (interiorización del control por parte de los obreros) (...) en lugar del control directo (...) representaría una ruptura profunda de las prácticas obreras en el taller*»: este éxito pondría en cuestión «*la solidaridad establecida entre compañeros sobre una base de contestación de la lógica impuesta por la organización del trabajo*» [D. Linhart, R. Linhart, 1985a].

⁴⁶ G. Santilli [1985].

⁴⁷ «*Frente a un universo que les oprime, que niega su individualidad, su autonomía, los obreros se esfuerzan por reconstituir zonas de autonomía en las cuales se afirman en tanto que seres humanos*», D. Linhart [1983].

prevalecía antes. Que los dominados no resulten bien sumisos, bien autónomos, sino que sus comportamientos estén hechos de equívocos, de rodeos, de tomas de distancia, de participación mínima, de aceptación oblicua, etc., a las coacciones de la dominación, es una idea que se les escapa a los Fordistas. Sólo captan a los dominados esforzándose en «dirigir» y en redefinir, con sus medios, la dominación que les es impuesta. Para ellos, el obrero es sumiso o resistente. Está robotizado o bien saca partido de su ingenio básico o de su saber clandestino. Está preso en las redes del universo capitalista o bien escapa de este universo.

160 Esta forma de representarse las clases dominadas que oscila entre el todo o la nada —entre la ilusión populista de que los dominados pueden con todo (desprenderse sin combate de la dominación que sufren, vencer instantáneamente a los patrones, etc.) y el desengaño miserabilista (no pueden hacer nada, no se puede hacer nada por ellos ni con ellos)— permanece tan vivo en los años 1980 como lo estaba en los años 1970. El viraje del punto de vista de los Fordistas ha modificado sus juicios pero ha dejado intacto el mecanismo que los produce. Este mecanismo, por lo demás, es difícil de aniquilar. Los ires y venires explicativos entre visiones que otorgan a las clases populares más autonomía de la que tienen y las visiones que, como reacción, tienden a privarles de toda autonomía, son casi inevitables.⁴⁸ Lo que es criticable, en los Fordistas, no es que no hayan encontrado la distancia justa, aquella donde se anulan las propensiones gemelas a magnificar y a despreciar a las clases populares, el lugar donde sería posible evaluar el peso exacto de autonomía y de constricción, de «libertad» y de «determinismo» que lleva en sí mismo cada individuo. Esa distancia justa, ese punto de vista perfectamente justo y objetivo, evidentemente, no existe.

Lo que puede reprochársele a los Fordistas, es no tener una mirada sobre su propia mirada, es no inquietarse con los efectos de la miopía o de la vista sociológica cansada de los que ellos mismos, al igual que los demás, no están exentos y que, no más que otros, ellos no pueden anular completamente. Este ejercicio epistemológico mínimo: no creerse naturalmente objetivo, no olvidar que no podemos serlo completamente, es tanto más necesario sin embargo cuando los antidotos contra las infiltraciones etnocentristas no son numerosos y cuando todo concurre al aumento de estas infiltraciones. Así, como otros, los Fordistas adoptan, en los años 1980, corrientes que tienden a hacer creer que todo ha cambiado, que la producción «en masa» y en grandes series son viejas historias, que ya no hay más que diversidad de gustos, imposiciones de los consumidores, nuevas formas de producir, nueva organización del trabajo, fin

⁴⁸ Ver sobre este punto Grignon y Passeron [1989].

de la jerarquía y de la disciplina, renovación de la cualificación y del saber obrero. Y no es porque contengan una parte de exactitud que estas nuevas ideologías estén diciendo la verdad y que naturalmente contribuyan a aumentar la sagacidad sociológica. Al contrario, cuando tales ideologías están en su apogeo, como es el caso en los años 1980, con el reflujo de la crítica del tecnicismo y del economicismo, desalientan el pensamiento polémico más de lo que incitan a pensar a contracorriente. Sin embargo, pensar a contracorriente —mostrar, en los años 1970, que los obreros especializados no son autómatas, y en los años 1980 que la Organización Científica del Trabajo y la disciplina no han desaparecido— no es la peor manera de contrariar las propensiones al conformismo que pesan sobre todos los economistas y sobre todos los sociólogos. No es la peor manera, tampoco, de dar cuenta de la realidad.

Los saberes obreros: ¿saberes clandestinos o saberes tácitos?

Tras haber estado del lado de la «sumisión», de «la explotación», de «la alienación» obrera, la balanza se encuentra ahora del lado de la autonomía obrera y del saber obrero. No por ello nociones como desposesión del oficio o como parcelización del trabajo deban ser rechazadas. Todavía son operativas y actuales. La resistencia que oponen los trabajadores a la extorsión de su saber-hacer, las tentativas de la dirección y de la «oficina de métodos» para desposeerlos no son invenciones obreristas o el producto de la imaginación de observadores exteriores al trabajo en la fábrica. Éste no se activa solo. El trabajo no se organiza espontáneamente. No resulta de la convergencia de voluntades individuales dirigidas hacia el mismo objetivo: asegurar la producción. Si la cadena avanza, es porque otros que aquellos que trabajan en ella la han concebido para que avance, y es, de forma más general, porque el trabajo ha sido organizado, previsto, programado, pero es también gracias a las invenciones, los hallazgos, las astucias de los obreros sin las que no habría ninguna fabricación posible: «*Las tareas fijadas por la O. M. (oficina de métodos) (...) si las aplicamos tal como dice la O. M., no saldría ni un coche. (Para efectuar estas tareas) cada uno tiene sus pequeñas combinaciones, sus pequeños trucos que le han llevado años aprender, adquirir*».⁴⁹

⁴⁹ Corouge y Pialoux [1985].

Que los obreros se implican en el trabajo que ejecutan, que van más allá de lo que se les manda hacer, en pocas palabras, que el saber obrero (entendido aquí como el conjunto de gestos, de decisiones, de iniciativas no programadas por la Organización Científica del Trabajo) es indispensable para el buen funcionamiento de la fábrica, es ahora mismo admitido sin restricciones. Nadie sostiene hoy en día que ese saber ha sido aniquilado por la Organización Científica del Trabajo. Ese saber que existe permaneciendo oculto (los obreros lo guardan para sí mismos al tiempo que, por otro lado, les gustaría verlo reconocido),⁵⁰ ¿qué es?, ¿cómo definirlo? En este tema, como en otros, los calificativos utilizados no son indiferentes.

Decir que las «combinaciones» y los «trucos», como los comentados más arriba, son «saberres clandestinos», «prácticas clandestinas», la manifestación de una «organización clandestina» o de una «cooperación clandestina»⁵¹ no queda sin consecuencias: es toda la definición del saber obrero la que entra en cuestión. Entendemos claramente que la noción de clandestinidad está dirigida a dar cuenta de aquello que los obreros no quieren liberar abiertamente, un saber-hacer que les permite conservar un control sobre su forma de trabajar. Pero en la interpretación de aquellos que utilizan esta noción, está la idea de que sin este «saber clandestino» la fábrica no funcionaría en absoluto. Esta idea es expresada sin ambivalencias por Braverman o incluso por Gorz, para quienes la Organización Científica del Trabajo no busca tanto hacer producir eficazmente como controlar el saber obrero y, todavía más, controlar a los obreros. La encontramos expresada bajo una forma atenuada en D. Linhart y R. Linhart quienes ven, en la organización taylorista-fordista, una organización forzosamente ineficaz que no se perpetúa más que porque los planes que traza, las directrices y las órdenes que da son permanentemente contradichas y rectificadas por los obreros «clandestinamente».⁵²

⁵⁰ Ver más arriba cómo Corouge señala que son los obreros «clasificados como profesionales» los que reemplazan ocasionalmente a los obreros especializados. Este tema del no reconocimiento de las competencias profesionales de los obreros especializados es recurrente en estas entrevistas; el acuerdo sobre las clasificaciones que se dio en la empresa en 1981, que «reconocía, por primera vez, que los obreros especializados hacían un trabajo profesional» es, para Corouge, una fuente de satisfacción y de orgullo: «la palabra “profesional” para un obrero especializado, es la primera vez que ha sido empleada».

⁵¹ Estas expresiones son empleadas respectivamente por G. Malglaive [1984]; G. Noiriel [1984]; Bernoux [1981]; D. Linhart y R. Linhart [1985b].

⁵² «La pequeña habilidad conoce bien todos los trucos, estratagemas, paliativos, procedimientos inventados y utilizados cotidianamente por los obreros, incluso los más descalificados. Forman parte de las formas obreras de apañárselas, y es en ellas donde reposa el buen funcionamiento del sistema. En suma, una parte de la eficacia de la organización reside en esta actividad en la sombra que viene a contradecir la racionalidad autoproclamada del taylorismo. Y es también gracias a esta actividad en la sombra que se han podido esperar tasas prodigiosas de productividad durante los años de fuerte crecimiento económico», D. Linhart, R. Linhart, [1985a].

Esta forma de ver falla por varias razones. Primero porque hace de los saberes obreros los únicos saberes existentes en la fábrica. No es difícil reconocer, en esta exclusión de todo lo que no son conocimientos obreros, prácticas obreras, saberes obreros, una manifestación de la idealización populista de las clases dominadas. Esta idealización se da aquí con los obreros, pero puede aplicarse también a las prácticas populares, a las culturas indígenas o incluso al «mundo campesino». Tratándose de obreros, otra de sus formas es la magnificación de los conocimientos obreros erigidos en saber-verdad, es decir en modo de conocimiento muy superior al saber «burgués», al saber «culto», al saber «científico». Esta valorización del saber obrero que encontramos en un buen número de los textos fordistas de los años 1970⁵³ no es, como casi siempre, más que el reverso de una desvalorización legitimadora de los conocimientos populares. Estos, en lugar de ser rebajados a formas inferiores de saberes (a la «astucia», a la comprensión superficial y exclusivamente empírica, al pragmatismo afortunado), se ven, a la inversa, magnificados y presentados como una forma superior de saber («ellos» saben más que nosotros, «ellos» detentan una verdad que no podemos esperar jamás los «cultos»). El segundo punto débil de la noción de saber clandestino es su maniqueísmo: la clandestinidad es concebida como una práctica exclusivamente llevada a cabo contra los «patrones», como una táctica destinada a protegerse de la extorsión del saber obrero por parte de la dirección, por parte de la «oficina de métodos», por la Organización Científica del Trabajo, mientras que, entre las causas de esta clandestinidad, está también la competencia entre obreros que conduce a no divulgar los procedimientos de trabajo más eficaces.

Finalmente, clandestino es un calificativo impropio para designar la parte de los saberes obreros que no es visible, puesto que esta parte escondida no es solamente disimulada, también es no reconocida puesto que se trata de saberes no formalizados, de saberes «tácitos». Puesto que no es en absoluto lo mismo decir de estos saberes obreros que son tácitos o que son clandestinos. En el primer caso, el no reconocimiento de los saberes obreros equivale al no reconocimiento de cualidades (de inventiva, de destreza, de rapidez, de meticulosidad, etc.) que —a pesar de ser indispensables en la realización de las tareas fabriles— son

⁵³ En los de Freyssenet [1977] claramente: «Para nosotros está perfectamente claro que existe otro modo de producción de conocimientos infinitamente más eficaz y más justo (que aquel al que estamos habituados a referirnos). En el caso preciso de un análisis de la división del trabajo, es evidente que la reflexión colectiva de aquellos que viven directamente el proceso de "descualificación-recualificación" aportará inmediatamente un material de una riqueza considerable, una justicia en la apreciación de la importancia del proceso sobre la vida social, y permitirá un salto teórico que ningún estudio de investigadores más o menos aislados, y parcialmente al margen de la división capitalista del trabajo, puede aportar».

decretados como «personales» (habilidad más o menos grande por ejemplo), o bien son considerados como adquiridos en el ámbito privado (fuera de las instituciones de aprendizaje), o incluso son atribuidos a una formación «general» (todo tipo de formación o de escolarización dada a todos). En esta concepción el saber tácito, los saberes que los obreros aportan de más a lo que le es explícitamente demandado no son reconocidos por ser considerados como implícitos en disposiciones «comunes», como un saber «mínimo» que, existiendo en cada uno, no tiene por qué ser retribuido como se haría para un saber resultante de una formación específica. A esto se añade que (siempre desde la concepción del saber tácito) la invalidación de los saberes obreros encuentra el refuerzo más eficaz que existe, el de la evidencia: la no validación de los saberes tácitos va tan de suyo que es percibida como natural, lo que incluye a aquellos que utilizan más estos saberes no validados (los obreros). En la segunda definición de los saberes obreros —la que los designa como «clandestinos»— tenemos una concepción completamente diferente: la de un saber propio de aquellos que lo detentan y que éstos perciben claramente como tal. Contrariamente a la invalidación que afecta a los saberes tácitos por el hecho de que son representados y interiorizados como saberes triviales, el saber clandestino es percibido como un saber original y específico, y esto ocurre, además, para aquellos que lo ponen en práctica.

La elección de los términos para calificar el saber obrero (saber tácito/saber clandestino) va entonces mucho más allá de una cuestión terminológica. En este caso como en otros, los calificativos son «clasificadores». Calificar el saber obrero de clandestino, no es simplemente elegir un término que aporta una imagen, un término que golpea a la imaginación por sus connotaciones militares.⁵⁴ Es postular que los saberes obreros —a pesar de ser poco reconocidos socialmente— son reconocidos, y a su justo valor, por los obreros. Los saberes obreros, escriben D. Linhart y R. Linhart, no son «reconocidos oficialmente, no son tenidos en cuenta en las clasificaciones y por lo tanto no son remunerados». Sin duda, pero según esta forma de indignidad social como es la invalidación de saberes indispensables para que la ejecución de un trabajo sea interiorizada por aquellos que sufren el prejuicio de esta invalidación o, al contrario, si es percibida como injusta, llegamos a dos concepciones diferentes del saber obrero y, más allá, a dos concepciones de la dominación de las clases populares. En un caso, la clase obrera es concebida como una clase segura de su legitimidad y de la importancia de su saber, como una clase segura de sus propios valores. En el otro caso, los

⁵⁴ Clandestino forma parte de los términos —subversión, disidencia, guerra, desertión, resistencia— que aprecia Gaudemar. (Ver más arriba «Variaciones fordistas sobre la obrerización»).

obreros, precisamente porque son un grupo dominado, no están seguros de la validez de su saber. Incluso en el universo indígena donde es producido, este saber no escapa a los efectos despreciativos de la dominación: tiende a ser desvalorizado.

La vivencia obrera: ¿por qué trabajan los obreros?

165

Las dificultades de los Fordistas para representarse los efectos de la dominación no se ven solamente en su percepción del saber obrero; aparecen también en la manera como explican por qué los obreros trabajan. Es sorprendente ver cómo las nociones que emplea por ejemplo D. Linhart (daré algunas ilustraciones más adelante) son poco adecuadas, poco sociológicas, hasta qué punto están lejos de tener en cuenta los determinantes económicos, culturales, sociales que hacen que la «vivencia» de los individuos, la representación que tienen de su vida, su percepción del trabajo no sea la misma según pertenezcan a un grupo social o a otro, según, por ejemplo, sean obreros toda su vida o lo sean transitoriamente, o incluso según si son observadores del trabajo en la fábrica.

Crear que el trabajo tiene para todos el mismo significado, que «*la relación con el trabajo es homogénea socialmente en su dimensión positiva y en su dimensión negativa*»,⁵⁵ es ignorar que la «vivencia» de los trabajadores y la percepción de las coacciones del trabajo, que difiere ya según los tipos obreros y las trayectorias obreras,⁵⁶ difieren a posteriori según se sea «*obrero especializado*» o se sea «*cuadro superior*». La forma como hablan los obreros de su trabajo —o mejor dicho, a diferencia de los cuadros superiores o de los ingenieros, la forma en que hablan poco de su trabajo, porque hablar de él implica evocar una situación en la que la humillación prevalece a menudo sobre el orgullo— sería suficiente para mostrar que no existe, en este plano como en otros, «*homogeneidad social*» y que «*la ambivalencia de la vivencia de los trabajadores*» tiene un contenido muy diferente para el obrero especializado y para el ingeniero.

⁵⁵ «A pesar de que hay gradaciones evidentes e importantes entre la vivencia de los individuos afectados a trabajos descualificados, sin interés, y la de los individuos que se consagran a actividades profesionales gratificantes, no hay ruptura: a partir de un mínimo que representaría el primer escalón y que define el campo de la homogeneidad social, es imposible razonar en términos de escala gradual (...) la ambivalencia de la vivencia de los trabajadores» (es válida) «para el obrero especializado y para el cuadro superior», D. Linhart [1984].

⁵⁶ Sobre este punto ver Saunier [1989] y Campagnac [1983].

Si los obreros trabajan, si, por retomar una temática apreciada por los Fordistas en los años 1970, éstos se revuelven raramente y van cotidianamente a la fábrica, no es porque apliquen antídotos morales y ontológicos que hagan de contrapeso a unas condiciones de trabajo «inhumanas»; no es porque opongan a estas condiciones de trabajo su «*dignidad de ser humano*» o porque compensen las tareas básicamente «*negativas*» con una «*implicación positiva*». Si no refunfunan a la hora de ir cada día al trabajo, no es tampoco para «*tranquilizarse existencialmente*»⁵⁷ sino porque, desde su tierna infancia, se han hecho a la idea de que no escapan a la fábrica, porque son preparados para aceptarlo como algo inevitable o, más exactamente, porque son preparados a convivir con este elemento inevitable. Si efectúan durante decenas de años tareas repetitivas y parceladas, es porque introducen, en estas tareas, una mezcla de habituación, de resignación, de fatalismo («*es así*», «*es la vida*», «*no podemos evitarlo*») —sobre este punto véanse las máximas que cita Hoggart en *La culture du pauvre*). Es igualmente porque se representan su vida no como un destino individual que estaría socialmente indeterminado y donde todo sería posible, sino como una vida que será parecida a la de otros, parecida a la de su padre, su hermano, su vecino. En pocas palabras, es porque existe, en las clases populares, la percepción de una comunidad de destino. Lo que os sucede —incluso si no es siempre divertido, ni todos los días son de color de rosa— no os sucede sólo a vosotros.

Nada sería más erróneo que ver, en esta percepción, la inevitabilidad del trabajo, una forma de estoicismo, e imaginarse que los obreros —en la medida que podamos hablar «de los obreros», dado que tendríamos que distinguirlos según su origen, su cualificación, su oficio— adquieren, a lo largo del tiempo, una forma de sensatez que les dejara indiferentes ante las condiciones de trabajo que son las suyas. Muchos no se habitúan a ellas, a muchos no les gustan.⁵⁸ Si no se habitúan, si no les gustan, no es solamente porque las tareas sean repetitivas y parcelarias, porque las directivas dadas para ejecutarlas sean aproximativas o erróneas, porque los jefes y otros patrones sean, por su parte, incompetentes o condescendientes. Si no se acomodan, es porque se trata de una actividad en la que constatan constantemente su situación de subordinación y donde a la vez experimentan frecuentemente que son «*un grupo social poco considerado*», «*socialmente rebajado*», «*siempre mandado*», «*siempre subordinado*», como quien dice «*siempre a obedecer*».

⁵⁷ «En nuestra sociedad (donde) la industrialización capitalista ha minado las solidaridades anteriores, se ha aglomerado a los trabajadores alrededor de los lugares de trabajo, se ha destruido su entorno familiar y residencial», el trabajo se ha vuelto el único medio de «*tranquilizarse existencialmente*», D. Linhart [1984].

⁵⁸ Sin que por ello se indignen. Por retomar a Hoggart: «*cuando no se espera gran cosa en la vida, es difícil alzarse hasta la indignación moral*».

Estas citas son extractos de encuestas realizadas en los años 1960 por Andrieux y Lignon, pero no han envejecido. La misma puesta en cuestión de la desconsideración y de la subordinación se reencuentra, veinte años después, en las entrevistas de Pialoux a Corouge. Es el mismo sentimiento de ser poco considerado, la misma impresión de ser utilizado, mantenido o amenazado de serlo por aquellos que están por encima de uno, la misma reivindicación de ver su trabajo considerado, como expresa Corouge. Con veinte años de distancia, reencontramos también, prácticamente sin cambios, las formas específicas a través de las cuales una categoría social dominada⁵⁹ como lo son los obreros especializados se las apaña con los efectos de la dominación, es decir, a la vez resiste y se resigna, de una manera que le es propia a esta dominación. «*En el mismo momento en el que hablan de lucha, de resistencia, de transgresión*» estas entrevistas, escribe Pialoux, dejan ver lo que «*está en el corazón de la experiencia social de los obreros y particularmente de los obreros no cualificados: sentimiento de ser confrontados con fuerzas económicas y sociales infinitamente potentes, sentimientos de comenzar vencidos desde el comienzo, desconfianza frente a las promesas y las bellas palabras, miedo de ser manipulados y de ser desposeídos de lo poco que creían poder tener en las manos*». Lo que permanece igualmente sin cambios, es la ambivalencia de la «*condición obrera*», una ambivalencia que no recubre solamente la mezcla de resistencia y de resignación que relata Pialoux, sino que recubre también la mezcla de «*amor*» y de «*desprecio por el trabajo*».⁶⁰

En lo que se ve en las entrevistas hechas por Andrieux y Lignon o por Pialoux, y notablemente en el tono desengañado de muchas de estas entrevistas, sin duda tenemos que tener en cuenta la parte que corresponde a la época. Ya no encontramos, en los años 1980 e incluso en los años 1960, «*el espíritu de insubordinación*» que animaba al «*Carpintero de París*» entrevistado en 1890 y que le permitía ver, en su situación de subordinación, un estado transitorio.

⁵⁹ Corouge da un ejemplo de esta dominación mostrando cómo las sumas afectadas por la modernización de los procedimientos de producción (y cuyo montante es sometido a discusión con los obreros) aparecen como enormes ante los ojos de los obreros especializados, mientras que son módicas en relación al *cashflow* de la empresa: «*Cuando conocemos el número de tíos que curran en cadena, es evidente que todo eso destapa alguna cosa. Porque para el tío, para él, un millón, es tan importante, que él ni osará a adelantar la suma. Basta con que un jefe de servicio le diga "te das cuenta, vas a hacer una inversión de un ladrillo, de dos ladrillos". El tío cerrará su boca y no la abrirá más. Para él un millón es su sueño, jamás lo ha tenido, y además (...) jamás lo tendrá*».

⁶⁰ «*Un gesto bien preciso a hacer, con el pulgar, para deslizar bien la masilla, para que no haya fugas, es toda una adquisición que los tíos acaban por poseer (...) la puesta en práctica de la robótica, eso va a servir también para robar el gesto del tío, para pisotearlo fuera después. Es toda la cultura de las personas adquirida en el tajo, todo el gesto hecho con amor, o desprecio, poco importa, pero en cualquier caso hecho a través de un montón de años de práctica, lo que estamos robándole*», Corouge, Pialoux [1985].

Hay que considerar también la parte que le corresponde a las particularidades de los obreros entrevistados. Estos obreros, no son obreros representativos, obreros como los demás, lo cual es particularmente cierto para Corouge. Si Christian Corouge da cuenta con tanta agudeza del estado de subordinación y de falta de consideración que caracteriza la «*situación social*»⁶¹ de los obreros, es porque él mismo es un obrero atípico. De origen obrero está en posesión de un CAP de ajustador (contrariamente a la mayoría de los obreros especializados de su taller), potencialmente obrero profesional (lo que terminará siendo más adelante), portavoz de los obreros especializados «*que él tiende a representar como política y culturalmente incultos*», ocupando en la fábrica una posición ambigua entre los obreros profesionales que él representa ocasionalmente como delegado sindical y los fijos con los que se codea, Corouge es un obrero «*de base*» sin ser un obrero representativo.

Sin embargo, es a través de obreros atípicos como él como podemos conocer algo del interior de la «*condición obrera*»; es gracias a lo que hay de desplazados y falsos en obreros como Corouge, como podemos saber de qué está hecha la «*vivencia obrera*». Por el contrario, no basta con ponerse «*a la escucha de los trabajadores*», con querer amarrar «*las palabras obreras*», los «*testimonios obreros*», las «*prácticas obreras*». Como todos los dominados, los obreros apenas se expresan o, de forma más exacta, lo que dicen y lo que hacen es casi constantemente objeto de malentendidos. No escuchamos las palabras obreras porque los obreros no tienen voz en el capítulo, porque lo que dicen es deformado, mal transmitido y sobre todo mal comprendido. Comprendemos mal las prácticas obreras porque sobre ellas también pesan malentendidos e incomprensiones etnocéntricas que, hoy como ayer, oscilan constantemente entre la idealización y la descalificación de los comportamientos de las clases populares.

⁶¹ Andrieux y Lignon oponen a esta «*situación social de trabajo*», «*el acto de trabajo*», es decir, los gestos a cumplir, la tarea a efectuar, los conocimientos a movilizar, en pocas palabras los aspectos técnicos del trabajo.

Bibliografía:

ANDRIEUX, ANDRÉE Y LIGNON, JEAN (1966), *L'ouvrier d'aujourd'hui. Sur les changements dans la condition et la conscience ouvrière*, París, Gonthier.

BEAUD, STÉPHANE Y PIALOUX, MICHEL (1991), «Être OS chez Peugeot: changements techniques et usure au travail», *Critiques Sociales*, nº 1, mayo, pp. 11-24.

BERNOUX, PHILIPPE (1981), *Un travail à soi*, París, Privat.

_____ (1988), «La fin de la division du travail?», *Sociologie du travail*, nº 3, julio-septiembre, pp. 479-488.

BERNOUX, PHILIPPE ET AL. (1973), *Trois ateliers d'OS*, París, Editions Ouvrières.

BORSEIX, ANNIE; LINHART, DANIELE (1986), «Droit d'expression directe: la boule de cristal», *Les Temps Modernes*, nº 476, marzo, pp. 79-101.

BRAVERMAN, HARRY (1976), *Travail et capitalisme monopoliste*, París, F. Maspéro. [ed. francesa de *Labour and Monopoly capitalism* aparecido en 1974]. [ed. cast.: *Trabajo y capital monopolista*, Nuestro Tiempo, México, 1978].

CAMPAGNAC, ELISABETH (1983) «Transformation des modes de vie: des stratégies patronales aux pratiques ouvrières», *Critiques de l'économie politique*, nº 23-24, abril-septiembre, pp. 43-65.

CORIAT, BENJAMIN (1982), *L'atelier et le chronomètre. Essai sur le taylorisme, le fordisme et la production de masse*, París, Christian Bourgois. [ed. cast.: *El taller y el cronómetro*, Siglo XXI, México, 1982].

_____ (1983), «L'usine et le savoir ouvrier: de la résistance à la mobilisation», *Critique Socialiste*, nº 46, pp. 37-53.

_____ (1986), «Le grand laboratoire d'experimentation de l'après-taylorisme», *Le Monde Diplomatique*, nº 389, agosto, pp. 13-14.

COROUGE, CHRISTIAN; PIALOUX, MICHEL (1985), «Un témoignage: le droit d'expression aux usines Peugeot de Sochaux», *Critiques de l'économie politique*, nº 32, julio-septiembre, pp. 55-81.

CRU, DAMIEN (1985), «Les tailleurs de pierre. Langue de métier et organisation du travail», *Travail*, nº 7, febrero, pp.48-55.

DESBOIS, EVELYNE; JEANNEAU, YVES; MATTÉI, BRUNO (1986), *La Foi des charbonniers. Les mineurs dans la Bataille du charbon 1945-1947*, París, Maison des Sciences de l'Homme.

DORAY, BERNARD (1981), *Le taylorisme, une folie rationnelle?*, París, Dunod.

Freyssenet, Michel (1977), *LA DIVISION CAPITALISTE DU TRAVAIL*, PARÍS, SAVELLI.

GAUDEMAR, JEAN PAUL (1979), *La mobilisation générale*, París, Editions du Champ Urbain. [ed. cast.: *La movilizaci3n general*, La Piqueta, Madrid, 1981].

_____ (1982), *L'ordre et la production. Naissance et forme de la discipline d'usine*, París, Dunod. [ed. cast.: *El orden y la producci3n*, Trotta, Madrid, 1991].

GORZ, ANDRÉ (1978) «La payssanerie, en r3serve de quelle civilisation?», *Autrement*, n° 14, junio, pp. 232-241.

_____ (1980), *Adieux au prol3tariat: au delà du socialisme*. París, Galilé. [ed. cast.: *Adios al proletariado*, El Viejo Topo, Barcelona, 1982].

GRIGNON, CLAUDE; PASSERON, JEAN-CLAUDE (1989), *Le Savant et le Populaire: mis3rabilisme et populisme en sociologie et en litt3rature*, París, Gallimard-Le Seuil. [ed. cast.: *Lo culto y lo popular*, Endymion,].

HOGGART, RICHARD (1970), *La culture du pauvre: 3tude sur le style de vie des classes populaires en Angleterre*, París, Minuit.

JONES, BRYN; WOOD, STEPHEN (1984) «Qualifications tacites, division du travail et nouvelles technologies», *Sociologie du travail*, n° 4, octubre-diciembre, pp. 407-420.

KERN, HORST; SCHUMANN, MICHAEL (1984), «Vers une reprofesionalisation du travail industriel», *Sociologie du travail*, n° 4, octubre-diciembre, pp. 398-406.

LEBAUBE, ALAIN (1987), «Sanctions et divisions dans la 'forteresse ouvri3re'. Billancourt, du rouge au noir», *Le Monde*, 27 de octubre, pp. 1 y 44.

LINHART, DANIELE (1982), «Pour une prospective du travail», *Sociologie du travail*, n° 2, abril-junio, pp. 178-191.

_____ (1983) «La classe ouvri3re n'a pas dit son dernier mot», *Critique socialiste*, n° 46, pp. 65-72.

_____ (1984), «Crise et travail», *Les Temps Modernes*, n° 450, enero, pp. 1284-1315.

LINHART, DANIELE; LINHART, ROBERT (1985a), «Naissance d'un consensus», CEPREMAP, documento n° 8515.

_____ (1985b), «Savoir-faire des ouvriers, droit d'expression et morale d'entreprise», *Le Monde Diplomatique*, n° 376, julio, pp. 6-7.

LIPIETZ, ALAIN (1984) «La mondialisation de la crise générale du Fordisme: 1967-1984», *Les Temps Modernes*, n° 459, octobre 1984, pp. 696-736

MALGLAIVE, GÉRARD (1985), «Nouvelles compétences et nouvelles technologies», *Travail*, n° 8, abril, pp. 28-31.

MAURICE, MARC (1984), «Avant-propos», *Sociologie du travail*, n° 4, octobre-diciembre, pp. 379-383.

NAVAILLES, JEAN-PIERRE (1983), *La famille ouvrière dans l'Angleterre Victorienne*, Champ Vallon.

NOIRIEL, GÉRARD (1983), «Espace de production et luttes sociales: l'exemple des usines sidérurgiques lorraines (1880-1930)», *Le Mouvement social*, n° 125, octobre-diciembre, pp. 25-56.

_____ (1984), «Defendre l'usine secrète», *Travail*, n° 4, abril, pp. 18-24.

PERROT, MICHELLE (1978) «De la nourrice à l'employée... Travaux de femmes dans la France du XIX siècle», *Le Mouvement Social*. Núm. 105, octobre-diciembre, pp. 3-10.

SANTILLI, GIANCARLO (1985), «L'automatisation comme forme de contrôle social», *Travail*, n° 8, junio, pp. 20-25.

SAUNIER, PIERRE (1989), *L'ouvrier fordiste et l'ouvrier pré-fordiste. Types, contretypes et stéréotypes ouvriers des années 1970/1980*, París, INRA ESR.

TERSSAC, GILBERT DE; CORIAT, BENJAMIN (1984), «Micro-electronique et travail ouvrier dans les industries de process», *Sociologie du travail*, n° 4, octobre-diciembre, pp. 384-397.

TRAPIER, PIERRE (1985), *Sociologie du travail*, n° 2, abril-junio, p. 229.

VERRET, MICHEL (1982), *L'ouvrier français. Le travail ouvrier*, París, Armand Colin.